



A. Cellarius, *Harmonia macrocosmica*
Amsterdam 1661

Los Ciclos en la Historia y la Geografía (*)

FRANCISCO ARIZA

Queremos exponer aquí algunas ideas acerca de la doctrina tradicional de los ciclos en su relación con la historia y la geografía. En primer lugar, debemos decir que el estudio de los ciclos, o ciclología, constituye una ciencia conocida desde la más remota antigüedad, y de la que hoy en día apenas nada se sabe, aunque esto no signifique que haya dejado de existir el objeto al que ella se refiere, que no es otro que el tiempo y los períodos de su manifestación que son los que determinan verdaderamente el proceso histórico de las civilizaciones y las culturas humanas. Dicho estudio nos ofrece una extraordinaria oportunidad de conocer la estructura viva del cosmos, de su arquitectura, considerada como un mandala o un Todo perfectamente ensamblado cuya forma, nacida de un Centro Arquetípico, es la expresión de las armoniosas proporciones entre sus diferentes partes, o ciclos.

Pues la naturaleza del tiempo es ante todo cíclica, y en modo alguno lineal como hoy en día se la considera habitualmente. En verdad la concepción lineal del tiempo, y su representación por medio de una línea recta, es exclusiva del hombre moderno, que parte de la hipótesis errónea de un tiempo cuantitativo, de un continuo indefinido que transcurre de manera uniforme (sin solución de continuidad), ignorando los elementos cualitativos que en verdad lo componen, siendo uno de los más importantes el de su periódica y perenne regeneración. Por consiguiente, más exacta sería su representación por medio de un círculo, que es en realidad como siempre se

ha figurado al tiempo en todos los pueblos tradicionales.¹ Como nos recuerda Gaston Georgel en *Les Rythmes dans l'Histoire*, la palabra ciclo proviene del griego "kiklos", que precisamente quiere decir círculo, y por extensión "movimiento circular", que incluye también una cadencia rítmica, regular y armoniosa, como la que describen todos los cuerpos celestes en sus revoluciones periódicas, comprendidos los movimientos de rotación y de traslación de la tierra, el primero originando la alternancia de los días y las noches (al girar sobre sí misma), y el segundo el ciclo anual (al girar en torno al sol), con sus estaciones de invierno, primavera, verano y otoño, las cuales están en correspondencia con los cuatro puntos cardinales: norte, este, sur y oeste, respectivamente. Esa noción de ritmo aplicada a la medición del tiempo conduce necesariamente a la de número, como lo indica muy bien la palabra igualmente griega "arithmos", que quiere decir medida, y cuyo significado es precisamente número; de ahí aritmética, la ciencia de los números. En efecto, la observación de las revoluciones astrales permitió desde muy antiguo establecer las primeras pautas y medidas del tiempo, desde las más sencillas (el día, el mes, el año y el siglo) hasta las más complejas, como es el caso de la precesión de los equinoccios, que se refieren a medidas de tiempo mucho más extensas, como los ciclos cósmicos.

Los Ciclos Cósmicos

Sin embargo, entre todos los ciclos existen rigurosas correspondencias y analogías, es decir proporciones y relaciones mutuas, de tal manera que un ciclo pequeño reproduce en su escala las mismas fases de un ciclo más grande, y viceversa. Esto se aprecia particularmente en el ciclo del año, al que podemos considerar como un modelo en su escala de los grandes ciclos cósmicos. De hecho la expresión "Gran Año", empleada por muchas culturas antiguas, como la griega o la caldea, alude precisamente a uno de esos ciclos, concretamente al que hace referencia a la mitad de la precesión de los equinoccios, que es exactamente de 12.960 años, y que supone una medida fundamental para conocer la duración exacta del ciclo completo de la humanidad, llamado *Manvántara* en el hinduismo, y que según los datos tradicionales es de 64.800 años.

Por otro lado, todos los números cíclicos están vinculados a la división geométrica del círculo, como se advierte por ejemplo en la rueda zodiacal. Esta rueda es imaginaria, pues supone la división en doce partes iguales de la línea de la eclíptica, trazada por el recorrido aparente que el sol cumple anualmente alrededor de la tierra, aunque sea ésta en verdad la que se mueve en torno al sol. Cada una de esas doce partes tiene 30 grados, lo que da el total de 360 grados (= 12 x 30), que son los de la circunferencia misma. Precisamente la rueda zodiacal es considerada como el "reloj cósmico" por excelencia. Ella regula, es decir ordena y hace inteligible para el hombre, la recurrencia periódica del acontecer cíclico, al traducirlo cronológicamente con medidas exactas de tiempo, ya se trate del año o de la precesión de los equinoccios, expresando así a nivel sensible el orden invariable de las leyes sutiles que gobiernan la "máquina del mundo". Este fenómeno astronómico de la precesión de los equinoccios

es el resultado de un tercer movimiento de la tierra distinto al de rotación y de traslación, el cual es ocasionado por las diferentes atracciones gravitacionales que ejercen el sol, la luna y los planetas sobre la banda ecuatorial terrestre. Esto hace que la tierra recule sobre sí misma en sentido contrario al de rotación, lo que motiva que el sol, en su movimiento aparente, se retrase casi un minuto (exactamente 50 segundos) cada año en llegar al punto vernal, o equinoccio de primavera, que es la entrada en el signo de Aries. El sol recorre entonces precesionalmente un grado de la circunferencia zodiacal cada 72 años, 30° en 2.160 años ($= 30 \times 72$), y los 360° en 25.920 años ($= 2.160 \times 12$). Asimismo, como el eje terrestre está inclinado $23^\circ 27'$ con respecto al eje de la eclíptica, es decir que no es perpendicular al de su órbita, resulta que ese movimiento precesional hace que la tierra gire como si fuera una peonza (es decir basculando), con lo cual si prolongamos ese eje sobre el fondo celeste, observamos que éste traza un círculo completo al finalizar el movimiento de precesión, es decir cada 25.920 años. Como veremos más adelante, todo esto es sumamente importante, tanto astronómica como simbólicamente, pues es ese punto de la bóveda del cielo que la prolongación del eje terrestre señala, el que constituye verdaderamente nuestro polo celeste, es decir el centro en torno al cual gira todo nuestro universo visible.

Hablando del ciclo de 2.160 años (que recordemos representa 30° en el recorrido de la rueda zodiacal) diremos que éste es llamado "Gran Mes" en algunas tradiciones, correspondiendo entonces a una "era zodiacal", pues el sol en su recorrido precesional tarda justamente 2.160 años en recorrer un signo zodiacal, atravesando también las doce constelaciones que llevan los mismos nombres que los signos. Es el recorrido por esas constelaciones el que determina estas eras, a las que siempre se ha concedido una gran importancia al considerárselas como "ciclos de civilización". Pero de las "eras zodiacales", así como del fenómeno astronómico de la precesión de los equinoccios, se ha hablado detallada y ampliamente en varios artículos del N° 15-16 de la Revista *SYMBOLOS*,² por lo que remitimos al lector a todo cuanto ya se dijo, aunque lógicamente tendremos que referirnos de vez en cuando a lo allí expuesto debido a la naturaleza de lo que aquí intentamos explicar de manera muy resumida: el carácter cíclico de la historia y la geografía, pero destacando sobre todo algunos de sus aspectos simbólicos, siempre vinculados a las leyes del cosmos y a los principios de orden espiritual y metafísico.

En términos generales todo ciclo representa el proceso de desarrollo de un estado cualquiera de manifestación, ya se trate del estado de un ser o de un mundo, y en el caso de la historia humana, del proceso de sus culturas y civilizaciones sometidas, en su realidad horizontal, a las leyes inexorables de los ritmos y ciclos cósmicos. Hemos dicho anteriormente que esa historia, desde su principio hasta su fin, está comprendida dentro del *Manvántara*, el cual se divide en cuatro edades o períodos, siguiendo así el modelo cuaternario de todo ciclo. Pero a su vez el *Manvántara* está comprendido dentro de un ciclo más grande, llamado *Kalpa*, el cual representa el

desarrollo completo de un mundo o cosmos. No existe un ciclo más extenso que el *Kalpa*, pues él contiene en su inmensidad temporal todos los ciclos de ciclos posibles. Un *Kalpa* contiene catorce *Manvántaras*, divididos en dos series septenarias. Según la tradición hindú nuestro *Manvántara* actual es precisamente el último de la primera serie, y todavía faltarían siete más para que finalice el presente *Kalpa*. Al final de éste se produce lo que se denomina un *pralaya*, que representa una disolución o reabsorción del tiempo cósmico en el seno de Brahma, el dios creador. Se dice que un *pralaya* dura tanto como un *Kalpa*, y si éste es un día de Brahma, un *pralaya* es una noche. Pero tras esa noche, un nuevo *Kalpa* nace, y a un *Kalpa* sucede otro, en forma indefinida, y todo el conjunto de *Kalpas* constituye el desarrollo íntegro de la existencia universal, conformando así la "cadena de los mundos", compuesta de 360 *Kalpas* o un "año de Brahma", finalizado el cual acaece un *Mahapralaya*, la "gran disolución". La vida de Brahma es de 108 de esos años, pero cuando un Brahma se acuesta, otro se levanta, y su número no tiene fin, y a este respecto dice un texto hindú: "¿Tendrás la presunción de contarlos?"³

Ante la perspectiva de la inmensidad de un tiempo que se agota y renace indefinidamente, no tenemos más remedio que relativizar nuestro propio tiempo particular e individual, que se nos revela como totalmente ilusorio y evanescente ante la asombrosa realidad de los grandes ciclos cósmicos. Pero no podemos sustituir una ilusión por otra ilusión, pues en el fondo de lo que se trata es de concebir que más allá de ese encadenamiento sin fin, de esa perpetuidad cíclica, existe una realidad inmutable: el dominio del Ser y los principios eternos, no sujetos al cambio y al devenir. Lo que queremos decir es que el conocimiento de la verdadera naturaleza del tiempo cíclico se ha de convertir en un soporte simbólico significativo que nos permita acceder a esa realidad, dado que nada de lo que se manifiesta tiene su fin en sí mismo, sino que es tan sólo el reflejo de las causas que permiten el desarrollo de su existencia dentro de un enmarque inteligente e inteligible, y que no es otro que el propio cosmos. En este sentido, un componente esencial de todas las cosmogonías tradicionales es el tiempo mítico, que en verdad es un no-tiempo al referirse siempre a los orígenes anteriores al tiempo, pues como dice René Guénon también existen orígenes atemporales. A ellos aluden constantemente todos los mitos creacionales, que se constituyen en un centro o eje fijo en torno al cual se ordena y desarrolla la vida y la cultura de una civilización tradicional. El tiempo mítico es el tiempo sagrado, el tiempo real y verdadero, aquel en el que los dioses hablan a los hombres y les revelan lo esencial, lo que han de saber para que su existencia, es decir su propia historia y realidad personal, signifique algo más que una anécdota en el inmenso océano de lo creado, en constante devenir.

En su libro *Mitos y Símbolos de la India*⁴ el historiador Heinrich Zimmer recoge un relato hindú donde se cuenta una de esas historias ejemplares que permiten la ruptura del tiempo reincidente y la posibilidad de actualizar aquí y ahora ese tiempo mítico y sagrado, que siempre "es" y no cambia nunca. Se trata de las aventuras acaecidas a

Indra, el rey de los dioses, el cual siente un orgullo desmedido tras vencer al dragón Vrtra, que representa el caos primigenio anterior al orden cósmico. Para celebrar su victoria, Indra manda al dios arquitecto Visvakarman construir el más bello palacio jamás visto. Pero Indra nunca se siente satisfecho, lo que acaba con la paciencia de Visvakarman, quien se queja a Brahma, el cual promete interceder en su ayuda ante Vishnu, el Ser Supremo. Vishnu acepta, y tras transformarse en un niño harapiento visita a Indra en su palacio, dispuesto a sanarlo de su orgullo y devolverlo a la realidad. Sin revelar su identidad, Vishnu le habla de los innumerables Indras que hasta ese momento han poblado los innumerables universos, cada uno con sus indefinidos *Manvántaras* y *Kalpas*, es decir le muestra la naturaleza del tiempo cíclico, que siempre cambia y "nunca" es. En un momento dado aparece en el palacio una procesión de hormigas, y ante esa visión Vishnu suelta una gran carcajada. Cada una de esas hormigas fue en su momento un Indra, dice Vishnu. En virtud de sus acciones pasadas cada una ascendió al rango de Rey de los Dioses, pero ahora, tras multitud de transmigraciones cada uno se ha convertido otra vez en hormiga. Indra comprende entonces el error de su vanidad y orgullo, recompensa abundantemente a Visvakarman y renuncia a agrandar su palacio.

En *Imágenes y Símbolos*⁵ Mircea Eliade resume el texto de Zimmer y reflexiona posteriormente sobre su contenido. En este mito, señala Eliade, Indra recibe de Vishnu una *historia verdadera*: "la verdadera historia de la creación y destrucción eterna [perpetua, diríamos más bien nosotros] de los mundos, al lado de la cual su propia historia, las aventuras heroicas sin fin que culminan en la victoria sobre Vrtra parecen ser, en efecto, 'historias falsas', es decir carentes de significación trascendente. La *historia verdadera* le revela el Gran Tiempo, el tiempo mítico, que es la verdadera fuente de todo ser y de todo acontecimiento cósmico. Porque puede superar su 'situación' condicionada históricamente, y porque logra romper el velo ilusorio creado por el tiempo profano, es decir, por su propia 'historia', Indra sana de su orgullo y su ignorancia; en términos cristianos, se 'salva'. Y esta función redentora del mito no sólo vale para Indra, sino también para cada uno de los humanos que oyen su aventura. Trascender el tiempo profano, encontrar el Gran Tiempo mítico, equivale a una revelación de la realidad última. Realidad estrictamente metafísica, a la que no puede llegarse sino a través de los símbolos y los mitos". "En la perspectiva del Gran Tiempo, continúa Eliade, toda existencia es precaria, evanescente, ilusoria. Consideradas sobre el plano de los ciclos y ritmos cósmicos mayores, sobre el plano de los *Kalpas* y los *Manvántaras*, resultan efímeras, y en cierto modo irreales, no sólo la existencia humana y la historia en sí misma -con todos los Imperios, Dinastías, Revoluciones y contra-revoluciones sin fin-, sino que también el Universo mismo se vacía de realidad porque los Universos nacen continuamente de los innumerables poros del cuerpo de Vishnu, y desaparecen como una pompa de aire que estalla en la superficie de las aguas. La existencia en el tiempo, ontológicamente es una inexistencia, una irrealdad. Esta mesa es irreal no porque no exista en el sentido propio del término, porque fuera una ilusión de nuestros sentidos, ya que no es una

ilusión: existe en este preciso momento; esta mesa es ilusoria porque ya no existirá dentro de 10.000 ó de 100.000 años. El mundo histórico, las sociedades y civilizaciones construidas penosamente por el esfuerzo de millares de generaciones, todo eso es ilusorio, porque en el plano de los ritmos cósmicos, el mundo histórico dura el espacio de un instante".

En la inmensidad de los grandes ciclos, el tiempo de una vida particular es, en efecto, insignificante. Y sin embargo reconocer este hecho es situar precisamente esa vida en su auténtica dimensión y en el lugar que le corresponde dentro del concierto de la existencia cósmica, pues como dice finalmente Eliade, "lo importante no es siempre renunciar a la situación histórica, esforzándose en vano por alcanzar el Ser universal, sino conservar constantemente en el espíritu las perspectivas del Gran Tiempo, mientras en el tiempo histórico se continúa realizando el propio deber".⁶

En el marco de una cultura arcaica y tradicional ese deber consiste esencialmente en el cumplimiento por parte del ser humano "de lo que fue hecho en el origen", es decir en vivenciar y actualizar en el tiempo histórico (mediante su ritualización periódica) la realidad sagrada manifestada en el relato mítico, realidad expresada también a través de los códigos simbólicos (igualmente revelados) como vehículos sensibles que son de las ideas y los principios universales.⁷ Es de esta manera como la historia, y la existencia humana, adquiere un sentido superior y trascendente, viviendo de acuerdo a esa enseñanza y teniendo la conciencia permanente del "Centro del Mundo" y su conexión constante con él mediante la comprensión de lo revelado por los mitos y los códigos simbólicos, que, en efecto, articulan y estructuran todas las manifestaciones de una cultura tradicional (su arte, su ciencia, su filosofía, su cosmogonía y su metafísica), ya sea en las más primitivas y arcaicas como en las grandes civilizaciones históricas.

En palabras de Guénon, ese "Centro del Mundo" (que es simultáneamente el "centro del tiempo" y el "centro del espacio") es atravesado por el *sûtrâtmâ* o "hilo de Âtmâ", es decir por el Gran Espíritu, y constituye el eje vertical o "hálito sutil" que sostiene a los mundos y a todos los seres manifestados, a los que "hace subsistir y sin el cual no podrían tener realidad alguna ni existir en ningún modo". Y añade: "Cada mundo, o cada estado de existencia, puede representarse por una esfera que el hilo atraviesa diametralmente, de modo de constituir el eje que une los dos polos de la esfera; se ve así que el eje de este mundo (o de cualquier ciclo de manifestación) no es, propiamente hablando, sino un segmento del eje mismo de la manifestación universal, y de este modo se establece la continuidad efectiva de todos los estados incluidos en esa manifestación".⁸

El ciclo del *Manvántara*

Teniendo en cuenta todo lo que se ha dicho hasta el momento, podemos abordar ahora la cuestión del ciclo cósmico del *Manvántara*, en el que se inserta el desarrollo de la historia humana desde su comienzo hasta su fin. Según la terminología hindú, la

palabra *Manvántara* quiere decir exactamente "era de Manú", quien representa un Principio de orden espiritual, identificándose con el Legislador universal o Inteligencia cósmica que promulga, de acuerdo a la Voluntad divina y la Sabiduría Perenne, la Ley, o *Dharma*, que rige nuestro ciclo de existencia (el *Manvántara*), que es como un reflejo del propio orden cósmico o *harmonia mundi*. Formulando esa Ley adaptada a las condiciones del ciclo humano, Manú es también el arquetipo del hombre, su principio celeste, y en este sentido representa nuestro verdadero Ser, nuestro Ancestro o Progenitor primordial, a quien la tradición hindú da el nombre de *Prajâpati*, "el Señor de los seres producidos". Se trata de una progenitura espiritual, que no carnal, evidentemente, es decir de aquel Principio que nos da la vida en el sentido vertical y esencial, no en el sentido horizontal y substancial. "No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto" (Juan, III, 7). Todos los pueblos antiguos, cuando hablan de su Ancestro primordial, en el fondo se están refiriendo a Manú (o a un aspecto de éste), que aunque no designe ni un personaje histórico ni legendario, sin embargo la raíz etimológica de su nombre la encontramos en los antepasados fundadores de muchas tradiciones: por ejemplo en el Menes egipcio,⁹ en el Minos griego, en el Menw celta, e incluso en Numa (al revés Manu), uno de los siete reyes legisladores de la antigua Roma.

Asimismo encontramos idéntica concordancia en el nombre hebreo Emmanuel, con el que es designado Cristo al nacer, y que significa "Dios en nosotros". Manú es llamado también "El Rey del Mundo" (título dado a Dios mismo en varias tradiciones), o "Monarca Universal", idéntico al Chakravarti hindú y budista, el "Señor de la Rueda" del mundo, pues mora en su centro y la hace girar sin participar empero de su movimiento, es decir de sus revoluciones cíclicas, siendo, sin embargo, el Principio que la vivifica. Es, por tanto, el "Motor inmóvil" del que habla Aristóteles, el Polo espiritual en torno al cual gira todo nuestro mundo, al que da estabilidad, firmeza y duración.¹⁰ En este sentido, añadiremos que uno de los atributos de Manú es el de "sostén de las almas en el Espíritu de Dios", identificándose así con el "hilo" de *Âtma*, o *sutrâtma*. Manú es ese hilo o eje con respecto al *Manvántara*, al que "atraviesa" desde su comienzo hasta su conclusión. Pero, como señala Guénon, "lo que interesa esencialmente destacar aquí es que ese principio (Manú) puede ser manifestado por un centro espiritual establecido, en el mundo terrestre, por una organización encargada de conservar íntegramente el depósito de la tradición sagrada, de origen 'no-humano', según la cual la Sabiduría primordial se comunica a través de las edades a quienes son capaces de recibirla".¹¹

Esa tradición sagrada no es otra que la que se ha dado en llamar Tradición primordial, de la que han emanado todas las culturas tradicionales (como emanan de su centro los radios de la rueda), aunque siempre debiéndose de adaptar éstas a las circunstancias de tiempo y de lugar, circunstancias que son las que verdaderamente han marcado las diferencias que han podido existir entre unas y otras. Diferencias sólo en la forma, que no en el fondo o en el núcleo interior y metafísico, que es

precisamente al que se refiere Guénon cuando habla de la Sabiduría supra-humana, y que lo es porque corresponde a los Principios esenciales de todas las cosas. De esos principios, de las ideas eternas, deriva la Ciencia Sagrada, la que ha dado lugar a su vez a los códigos simbólicos de todos los pueblos (que incluyen los textos sapienciales, los mitos y los ritos), de ahí su carácter revelador y el papel que desempeñan como vehículos transmisores del Conocimiento. Recordaremos, en este sentido, que la palabra tradición equivale a transmisión (ambas proceden del latín *tradere*); esta identificación es fundamental, pues no se concibe la tradición sin la transmisión del saber que ella conserva, y en el que tiene su razón de ser. Si la tradición no implicara su transmisión, no hubiera habido, ni habría, posibilidad alguna para el hombre de concebir una realidad por encima de su condición individual, quedando encerrado en el mundo sublunar o *samsâra*, el del cambio y el devenir, el de la generación y la corrupción, que es al que esa condición pertenece.¹²

La Tradición primigenia se manifestó con toda su plenitud en el origen mismo del *Manvântara*, y su ocultamiento (que no desaparición) se fue produciendo paulatinamente a lo largo del desarrollo cíclico, el cual supone, por definición, un alejamiento cada vez más acentuado de dicho origen. Esta es la razón de que, desde el punto de vista tradicional, ese desarrollo se tome no como una evolución o un "progreso", como lo considera la ciencia moderna en general, sino como una involución o un "retroceso", como un gradual "descenso" en la materialidad y la solidificación, que afecta no sólo al ser humano, sino al conjunto de la naturaleza y del cosmos. Utilizando el símbolo del círculo, podríamos decir que ese desarrollo cíclico va del centro a la periferia, del origen a lo más alejado de éste. El mismo símbolo, con la cruz inscrita en su interior, nos ofrece una imagen perfecta de los cuatro períodos en que se fragmenta el *Manvântara*, y en general cualquier ciclo, que siempre tiene una estructura cuaternaria, como ya hemos tenido ocasión de ver. En el caso del *Manvântara*, cada una de esas partes se corresponde con cada uno de sus cuatro períodos o edades, que la tradición hindú denomina *yugas*. Sus nombres son *krita-yuga*, *trêtâ-yuga*, *dwâpara-yuga* y por último *kali-yuga*. Estas edades se corresponden con las que la tradición greco-latina denominó la "edad de oro", la "edad de plata", la "edad de bronce" y la "edad de hierro", respectivamente. Cada edad constituye un ciclo dentro del gran ciclo del *Manvântara*, pero sus duraciones varían de unas a otras. Esto se debe a que el tiempo en cada una de esas edades posee una cualidad propia y no transcurre siempre a la misma velocidad por el hecho de que no es uniforme, como ya apuntamos. Esa cualidad influye y determina el carácter de la historia humana, es decir de los acontecimientos que se producen en un período dado de esa misma historia, los que a su vez reflejarán un orden de cosas más elevadas, sutiles y en armonía con las verdades esenciales (es decir que son más cualitativos), cuanto más cercana esa época esté del origen, todo lo contrario de lo que ocurre en una época ya no tan próxima a él, como por ejemplo es la nuestra, que por ello mismo está sumida en el "reino de la cantidad" y de lo superficial.

En consecuencia cada *yuga* o edad del *Manvántara* necesariamente también reflejará esos elementos cualitativos del tiempo, que será más amplio y "lentificado" en la primera de esas edades, y progresivamente cada vez más contraído y veloz conforme se va pasando de una edad a otra. Por eso las cuatro edades del *Manvántara* se suceden según la proporción de los números 4-3-2-1, es decir de mayor a menor, que es la misma de la *tetraktys* pitagórica: 1-2-3-4 (cuya suma da 10), pero en sentido inverso. Esto explica la estrecha relación que existe entre el cuaternario y el denario, de tal forma que en el primero está ya incluido el segundo, es decir que el denario representa el desarrollo completo de todas las posibilidades comprendidas en el cuaternario a lo largo del tiempo y del espacio. Como el 10, el número 4 expresa la idea de totalidad, y corresponde a la primera de esas edades, el *krita-yuga*, cuya duración se estima en 25.920 años, lo cual supone un ciclo completo de la precesión de los equinoccios (12 x 2.160). La segunda edad, el *trêtâ-yuga*, representada por el número 3, implica un acortamiento de esa duración,¹³ pues la precesión ha sido recorrida en sus tres cuartas partes, lo que traducido en años da 19.440 (= 9 x 2.160). La duración de la tercera edad, el *dwâpara-yuga*, representada por el número 2, es exactamente la mitad de la precesión de los equinoccios, es decir de 12.960 años (= 6 x 2.160). Y por último, la duración de la cuarta edad, el *kali-yuga*, equivalente al número 1, es tan sólo de 1/4 de la precesión, esto es de 6.480 años (= 3 x 2.160). La suma de todas esas duraciones da la edad completa del *Manvántara*: 64.800.

La Edad de Oro o *Satya-Yuga*

En la tradición hindú la proporción 4-3-2-1 significa también las distintas patas con las que se apoya el "toro del Dharma" en cada una de las cuatro edades. Durante el *krita-yuga* (recordemos que *krita* quiere decir "hecho, realizado, ejecutado, perfecto") el "toro del Dharma" se apoya sobre sus cuatro patas, es decir que está en perfecta estabilidad, lo que significa que durante esa edad todos los seres viven en completa armonía con la Norma o Ley Universal. De ahí que a esa edad se la denomine también *satya-yuga*, es decir la "edad de la verdad", o "edad del Ser", pues la raíz *sat* significa precisamente "ser". Esa misma raíz la encontramos también en Saturno, el rey de la edad de oro en la tradición greco-latina.¹⁴ En la edad de oro los hombres no hacen ningún esfuerzo por alcanzar el Conocimiento. En ellos brota espontáneamente, como algo natural, pues el estado humano está realizado en la plenitud de sus posibilidades. No existen intermediarios entre el hombre y el Principio: él está en el "Centro del Mundo", y es uno con el "Arbol del Medio" o "Arbol de la Vida", sin distinción ni separación alguna. En *El Banquete*, Platón habla del hombre primordial, y lo describe en términos simbólicos como un ser andrógino y "esférico", y por tanto no dual al reunir en sí mismo y en perfecto equilibrio la naturaleza de las energías celestes y las terrestres, *yang* y *yin*, conformando una unidad indivisible en la totalidad de lo manifestado, puesto que la esfera es la figura que mejor simboliza la idea de "la unidad en la pluralidad" y "la pluralidad en la unidad", teniendo en cuenta además que es la forma geométrica más universal al ser la menos diferenciada y porque a partir de ella surgen todas las demás.¹⁵ Lo mismo

ocurre con la humanidad primordial: indiferenciada como la esfera, sin embargo es a partir de ella que se irán manifestando todas y cada una de las civilizaciones a lo largo del proceso cíclico, con sus diferencias específicas, ya sea de raza o de cualquier otra circunstancia.

Las palabras que Chuang-Tsu utiliza para describir el estado del sabio perfecto, equivaldrían también para el hombre de la primera edad: "Ha alcanzado la impassibilidad perfecta: la vida y la muerte le son igualmente indiferentes, el hundimiento del universo (manifestado) no le causaría ninguna emoción. A fuerza de escrutar, él llega a la verdad inmutable, al conocimiento del Principio universal único. Deja que todos los seres evolucionen según sus destinos, mientras que él se mantiene en el centro inmóvil de todos los destinos. El signo exterior de este estado interior, es la imperturbabilidad; pero no la del aguerrido que arremete solo, por amor a la gloria, contra un ejército bien disciplinado; sino la del espíritu que, superior al cielo y la tierra, y a todos los seres, habita en un cuerpo que no considera suyo, no hace caso alguno de las imágenes que sus semejantes le suministran, conoce todo por conocimiento global en su unidad inmutable". Y más adelante añade: "En el estado primordial, estas oposiciones no existen. Todas derivan de la diversificación de los seres (inherente a la manifestación y contingente como ella), y de sus contactos causados por la giración universal. Ellos cesarían si la diversidad y el movimiento cesan. De repente cesan de afectar al ser que ha reducido su yo distinto y su movimiento particular a casi nada. Este ser no entra ya más en conflicto con ningún otro, porque él se ha establecido en el infinito, desaparecido en lo indefinido. Ha llegado y se mantiene en el punto de partida de las transformaciones, punto neutro donde no existen los conflictos. Por concentración de su naturaleza, por alimentación de su espíritu vital, por conjugación de todas sus potencias, él está unido al principio de todas las génesis. Permaneciendo entera su naturaleza (totalizada sintéticamente en la unidad principal), intacto su espíritu vital, ningún ser podría herirle".¹⁶

La pureza de corazón, la sabiduría, el equilibrio interior, la justicia y la equidad, el sentido más alto de la libertad, la igualdad y la fraternidad, son algunos de los atributos principales de los hombres de la edad de oro, metal que posee la cualidad de la incorruptibilidad y por ello es el símbolo de la luz de la Inteligencia Suprema. Edad en la que como se refleja en los mitos y leyendas de muchos pueblos los dioses habitaban la tierra junto con los hombres,¹⁷ es decir que la tierra estaba íntimamente unida al cielo (o lo que es lo mismo, el orden corporal al espiritual y metafísico), hasta tal punto que se habla de una "Tierra Celeste", o de una "Tierra Solar", en definitiva de una "Tierra transfigurada" por el hecho de que en ella se plasmaban directamente las realidades superiores, pues "el propio mundo, como conjunto cósmico, era verdaderamente diferente en su cualidad (...); así ocurre que, por ejemplo, cuando ciertas 'leyendas' dicen que hubo un tiempo en el que las piedras preciosas eran tan comunes como lo son ahora los ordinarios guijarros, ello no debe entenderse solamente en un sentido puramente simbólico".¹⁸ Lo que quiere decir que si bien ese

sentido simbólico existe siempre, pues todo lo que se manifiesta es el símbolo o el reflejo de una realidad superior, en este caso la tierra que los primeros hombres habitaban respondía enteramente a su prototipo celeste. Por eso el Paraíso también es descrito como de forma circular, y así ha quedado patente en la memoria de todas las tradiciones, para quienes esa forma circular siempre expresa la idea de perfección, y es considerada por lo general el símbolo del Cielo.¹⁹

Igualmente, existe el testimonio unánime de que la sede de la humanidad primordial, y de la Tradición una, estaba situada en las regiones hiperbóreas, en el extremo-norte o septentrión, y más exactamente en el polo, considerado como la "comarca suprema", que es la traducción de la palabra sánscrita *Paradêsha*, de donde proviene el caldeo *Pardes*, y de éste Paraíso. El polo, único lugar que permanece inmóvil en el movimiento de rotación de la tierra, ha de ser efectivamente la morada de una humanidad ajena a las vicisitudes de la rueda cósmica, pues está en su centro, y más concretamente en la sumidad de la "montaña polar", que efectivamente se alzaba en los primeros tiempos sobre las regiones hiperbóreas.²⁰ Como se sabe Dante mismo sitúa el Paraíso terrestre en la cúspide de la "montaña del Purgatorio", que al igual que el monte Meru en la tradición hindú, es una imagen visible del Eje del Mundo.

Lo mismo ocurre con las montañas sagradas de muchas tradiciones, como el monte Alborj entre los antiguos persas e iraníes, la montaña Qâf entre los árabes, el Olimpo (la residencia de los dioses) entre los griegos, el Montsalvat (Monte de Salvación) de la leyenda del Graal, el monte Kung-Lung en la tradición china, la montaña Moriah entre los antiguos judíos (sobre la que se levantó el templo de Jerusalén, y etimológicamente equivalente a Meru), por poner sólo unos ejemplos.²¹ Imágenes de la montaña polar y mítica son también todas las construcciones piramidales, como las egipcias y precolombinas, los zigurats babilonios, e incluso los túmulos levantados en todos los lugares de la tierra por las culturas prehistóricas. En lo que se refiere a la simbólica del eje y del centro, no debemos olvidarnos tampoco del poste ritual, que señala la conexión cielo-tierra, al igual que el árbol, y desde luego las piedras alzadas verticalmente como los betilos y menhires. Btilos eran también los *omphalos* (piedras con forma cónica o redondeada) palabra griega que quiere decir "ombligo", y más exactamente "ombligo de la tierra", y en consecuencia relacionada también con la simbólica del "centro del Mundo". Los betilos eran generalmente aerolitos o piedras caídas del cielo, y por tanto considerados como mensajeros de los dioses y las energías sobrenaturales. De ahí su poder oracular, como en el caso del famoso *omphalos* del templo de Delfos, consagrado a Apolo, el dios hiperbóreo.²³

Lo que queremos destacar con todo esto es que en el mundo antiguo, el lugar donde se levantaba un poste ritual, un ónfalos, un betilo o un menhir, se constituía por ello mismo en un símbolo del Centro arquetípico. Pero ese lugar no era elegido al azar, sino debido a que en él se manifestaban determinados signos y señales del mundo superior, los cuales eran reconocidos por los sabios y jefes, que los interpretaban a la luz de sus conocimientos cosmogónicos y metafísicos; ese lugar se transformaba así en

un espacio sacro, en un "centro del mundo" para la civilización que se establecía en torno a él. Recordaremos que la geografía sagrada era antiguamente una ciencia sacerdotal (derivada como todas las ciencias tradicionales de los principios metafísicos), y los lugares donde se establecían dichos centros no eran, efectivamente, escogidos al azar, sino según leyes precisas en la que intervenían conocimientos de orden geométrico y astronómico (o astrológico, pues ambas ciencias eran sólo una en la antigüedad), de tal manera que la orografía del paisaje y las corrientes internas y sutiles de la tierra debían estar en armonía con determinadas posiciones de los astros, considerados como manifestaciones de las fuerzas cósmicas y celestes.²⁴ A través de ese centro particular se mantenía pues el vínculo efectivo con el Centro supremo y la comunicación por tanto con la Tradición primordial, que siempre ha estado presente en lo más profundo de cualquier forma tradicional, como llevamos dicho.

Según los períodos cíclicos del *Manvántara* ese Centro ha ido recibiendo diferentes denominaciones, sin que su esencia metafísica, inmutable e imperecedera, se haya visto por ello afectada lo más mínimo. Hemos hablado de *Paradêsha*, pero otro nombre posiblemente más antiguo que éste es el de *Tula*, del que Guénon asegura que fue el primer nombre dado al Centro hiperbóreo. Tula es el "continente insular", el *çveta-dvîpa*, la "isla del esplendor" o la "isla blanca", idéntica pues a la "Tierra Solar" como designación del polo mismo, el lugar donde se producen las "revoluciones del sol", pues éste durante la época primordial no llegaba a ponerse nunca al ser su recorrido totalmente circumpolar.²⁵

Es interesante destacar en este sentido que todas las islas sagradas que aparecen en las tradiciones más diversas, representan también una imagen simbólica de la Tula hiperbórea, cuyo nombre mismo aparece en diferentes lugares geográficos a lo largo de todo el *Manvántara*. Tal es el caso, por ejemplo, de la Tula atlante, que es considerada una emanación de la Tula originaria en un determinado momento cíclico. Pero de la Tula atlante tendremos ocasión de hablar posteriormente cuando tratemos del período cíclico al que pertenece. En cualquier caso he aquí lo que dice Guénon acerca de la significación simbólica de la isla sagrada: "La idea que evoca es esencialmente la de 'estabilidad', que precisamente hemos señalado como característica del Polo: la isla permanece inmutable en medio de la incesante agitación de las olas, agitación que es una imagen del mundo exterior, y es necesario haber atravesado el 'mar de las pasiones' [esto es, haber emprendido la búsqueda o viaje hacia el Conocimiento] para alcanzar el 'Monte de Salvación' (Montsalvat), el 'Santuario de la Paz' ".²⁶

La Edad de Plata o *Trêtâ-Yuga*

Atravesar "el mar de las pasiones" no era necesario en la edad de oro, o *satya-yuga*, pues esa expresión se refiere a una humanidad que se ha alejado de su Principio, alejamiento que naturalmente ha sido progresivo, acrecentándose de período en período, y que no parará hasta el final del *Manvántara*. Dicho alejamiento comienza con el advenimiento de la segunda edad, la edad de plata o *trêtâ-yuga*, en la que el

toro del Dharma se apoya tan sólo con tres patas (*trêtâ* = tres), significando con ello que los hombres ya no viven enteramente conforme a la Norma Universal. De ahí que un cambio fundamental se produjera con el paso de una edad a otra. La denominación de "gran cambio" dada por algunos autores alude sin duda a ese período del ciclo. Sin embargo, esto no quiere decir que, aun dentro de la "estabilidad" espiritual que caracterizó siempre a la humanidad primordial, en el *satya-yuga* no existieran también sus cambios, si bien no de la naturaleza del que sobrevino con el advenimiento del *trêtâ-yuga*, que puede calificarse de crucial por todo lo que diremos a continuación, recogiendo, como siempre, los datos que a este respecto nos suministra la Tradición.

De hecho, en el *satya-yuga*, o edad de oro, se distinguen dos períodos que se explican simbólicamente por las "dos creaciones de Adán", correspondiendo la primera de ellas al ser "andrógino" o "esférico" de que habla Platón, mientras que la segunda se refiere a un estado en el que se produce ya una primera distinción, que el Génesis bíblico explica como la creación de Adán y Eva. En ese segundo período los hombres primordiales toman conciencia de la dualidad, pero sin perder aún su "sentido de la eternidad" y su unión con el Principio.²⁷ Esto está explicado simbólicamente por la presencia del "Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal" (la dualidad) junto al "Arbol de Vida" (la unidad). Esa dualidad está presente, de alguna manera latente, pero aún no se ha manifestado, como lo hará cuando, con la llegada de la edad de plata, ese "sentido de la eternidad" comience a perderse y a no estar ya en posesión de toda la humanidad. Esa pérdida da como resultado lo que la Biblia llama la "caída", que en verdad es una entrada en el tiempo y su discurrir cíclico, pasando así, paulatinamente, del Centro a la periferia de la Rueda Cósmica.

Esa "caída" en el tiempo viene inmediatamente precedida en el Génesis por la "tentación" de la serpiente enroscada en torno al "Arbol de Vida" o Eje universal, y como dijimos en la nota I la serpiente es en todas las tradiciones un símbolo de la manifestación cíclica (al menos éste es uno de sus diversos sentidos simbólicos pues evidentemente existen otros), manifestación que en este caso se refiere al desarrollo *temporal* de las posibilidades contenidas en el estado humano, y por consiguiente en el mundo al que este estado pertenece. Y subrayamos lo de temporal para recalcar el aspecto horizontal que toma ese desarrollo en el tiempo, pues en el estado primordial dicho desarrollo era esencialmente vertical, en el sentido antes señalado de que en el hombre se manifestaban de manera espontánea y sin requerir esfuerzo alguno sus estados supra-individuales y metafísicos. Por eso es que desde el punto de vista de la realización del Conocimiento, o vía iniciática, el proceso que en ella se sigue va a "contracorriente" del devenir temporal, o sea, de la marcha descendente del ciclo humano, lo cual supone emprender hacia "atrás" un viaje interior por las distintas etapas recorridas por dicho ciclo, que se verá entonces como "ascendente", esto es como un "regreso" o "retorno" a su Centro original, del que sólo se desprendió ilusoriamente. Esto quiere decir que tomado ese viaje desde nuestra época actual, la

edad de hierro, se ha de pasar por el estado que representa simbólicamente la edad de bronce, y de ésta a la edad de plata, para alcanzar finalmente la edad de oro, y a partir de ella, que es el verdadero estado humano, emprender el viaje vertical, pero en este caso no en torno al "Arbol de Vida" sino a través de su mismo eje, es decir mediante la síntesis o conciliación de los opuestos, hacia los estados metafísicos e incondicionados.²⁸

Volviendo de nuevo al simbolismo de la "caída", vemos que ésta expresa precisamente la ruptura de la unidad indiferenciada y el paso inevitable hacia la multiplicidad, como resultado de la cual la Tradición primordial, conservadora de la Sabiduría y el Conocimiento Supremo, comienza a ocultarse y a replegarse sobre sí misma.²⁹ Ese "gran cambio" en el orden espiritual se ve reflejado también en un acontecimiento geológico y astronómico de una importancia capital, como fue el de la inclinación del eje polar de la tierra, que es el que todavía permanece en la actualidad, y al que se debe el hecho de que existan estaciones, pues, como ya dijimos, hasta ese momento dicho eje era perpendicular al de la órbita terrestre, o eclíptica, con lo cual sólo existía una única estación: la que se conoce como "primavera perpetua". A este respecto, Evola nos recuerda³⁰ que cuando el sabio taoísta Li-tseu habla del gigante mítico Kung-Kung derribando la "columna del cielo" es a este acontecimiento al que hace alusión: "Los pilares del Cielo fueron rotos. La Tierra tiembla sobre sus bases. En el septentrión los cielos descendieron hacia abajo. El sol, la luna y las estrellas cambiaron su curso (es decir, que su curso apareció cambiado como resultado de la inclinación del eje terrestre). La Tierra se abre, y las aguas encerradas en su seno inundaron los diferentes países. El hombre se había rebelado contra el Cielo y el universo cae en el desorden. El sol se oscurece (comienza su ascenso y descenso por el horizonte). Los planetas cambiaron su curso (según la perspectiva ya indicada), y la gran armonía del Cielo fue destruida".

Ese desplazamiento provocó, pues, grandes transformaciones en el medio terrestre, y la orientación misma de la tierra con respecto al cielo también varió, lo cual reviste una importancia enorme desde el punto de vista simbólico, ya que este hecho afectará profundamente el curso de la historia humana. En efecto, se pasa de una orientación polar, es decir vertical, a una orientación solar, ya sea solsticial o equinoccial (horizontal con respecto al eje cénit-nadir, que en la cruz tridimensional es el auténtico eje polar), que está determinada por la sucesión de las estaciones. El eje solsticial norte-sur está en correspondencia con el invierno y el verano, respectivamente, y el eje equinoccial este-oeste con las estaciones de primavera y otoño.³¹ Si durante la época primordial el sol realizaba su curso constantemente en torno a las constelaciones boreales (especialmente las que hoy se denominan Osa Mayor y Osa Menor) sin ponerse jamás (es decir, sin su sucesión de días y noches), a partir de la inclinación terrestre, ese curso tiene como fondo las constelaciones zodiacales, las cuales lógicamente empiezan a adquirir una importancia fundamental en el simbolismo de muchas tradiciones por cuanto suponen los esquemas simbólicos

que mantienen su orientación.³² Otra consecuencia importante de esa inclinación, es que debido a la precesión de los equinoccios el eje de la tierra va trazando lentamente un movimiento circular que se cierra cuando se cumple la precesión completa (25.920 años), con lo cual el punto hacia el que se dirige ese eje (punto que no es otro que el polo celeste), se va desplazando también. Es decir que el polo celeste no es siempre el mismo sino que cambia con el movimiento de la precesión, mientras que durante la edad de oro permanecía inmutable y fijo en un punto del cielo.³³ En la primera edad, dicho punto estaba situado cerca de la cabeza de la constelación boreal del Dragón, llamado el "Dragón celeste", o el "Dragón polar", del cual dice el *Sefer Yetsirah* (el "Libro de las Formaciones" de la Cábala) que "está en medio del cielo como un rey en su trono". A partir de entonces el polo se ha ido desplazando con el lentísimo movimiento de la precesión de los equinoccios. Hace unos 14.000 años el polo era la estrella Vega de la constelación de la Lira, y aproximadamente 2.500 años a. C., lo constituía la estrella alfa del Dragón. Actualmente es la estrella alfa de la Osa Menor. Naturalmente ese desplazamiento del polo (1 grado de la esfera celeste cada 72 años como dijimos, lo cual, dicho sea de paso, permite que sea apreciado en una generación) en nada varía ni disminuye su valor simbólico, que es el de expresar de manera física y sensible a la propia Unidad metafísica.³⁴

Por otro lado, ese movimiento retrógrado de la precesión de los equinoccios aparece descrito en un pasaje del *Político o la Realeza* de Platón en estos términos: "Escucha. En determinadas ocasiones, es la misma divinidad la que guía la marcha y está al frente de la rotación de este universo en que habitamos nosotros; en otros momentos lo deja ir, cuando los períodos de tiempo que le están asignados han llegado a su término, y el universo vuelve entonces a comenzar por sí mismo, en sentido inverso, su ruta circular, en virtud de la vida que lo anima y la inteligencia con que lo dotó, desde su origen, el que lo compuso". Y más adelante: "Pero, como decía hace poco, la única solución que nos queda es la de que unas veces sea conducido por una acción extraña y divina y, recibiendo una vida nueva, se le dé de parte de su autor una inmortalidad restaurada, y que otras veces, abandonado a sí mismo, se mueva con su propio movimiento y, en el mismo momento en que lo deja el impulso procedente de otro, recorra un circuito retrógrado durante miles y miles de períodos".

Otra consecuencia inmediata y no menos importante del paso de la edad de oro a la edad de plata es la división de la humanidad en dos formas de organización social: la nómada y la sedentaria. Aunque regidas por los mismos principios tradicionales, que son inmutables y los que verdaderamente las hacen complementarias por encima de sus diferencias, ambas formas constituirán dos modelos de civilización, dos concepciones del mundo y de la vida que naturalmente se reflejarán en todas las manifestaciones de su arte y su cultura, es decir en sus símbolos, en sus ritos y en sus mitos, en cómo los plasman y expresan, y sobre todo en cómo los viven y en la manera en que transmiten a las generaciones venideras los frutos de sus experiencias en el camino del Conocimiento. Estas dos formas de civilización, la sedentaria y la

nómada, están reflejadas en la Biblia en las figuras respectivas de Caín y Abel, los dos hijos de Adán, que representan precisamente a esa dualidad surgida de la indiferenciación de la humanidad primordial.

Pero Adán también tiene otro hijo, Shet, que no está implicado en las vicisitudes que viven sus dos hermanos, es decir las dos culturas sedentarias y nómadas, sujetas a las condiciones propias del tiempo y del espacio. En la leyenda del Graal, se cuenta que Shet fue el único en entrar de nuevo al Paraíso y recuperar la copa de inmortalidad que había sido confiada a Adán, la misma que fue perdida cuando se abandona el estado edénico. Si Caín y Abel representan las dos formas de civilización que han constituido, por decirlo así, el motor de la historia, Shet evoca más bien a la tradición iniciática, o mejor, a las organizaciones iniciáticas presentes en todas las culturas tradicionales (ya fuesen sedentarias o nómadas), es decir a la "cadena áurea" que ha permanecido a lo largo de esa historia constantemente en comunicación con la Tradición primordial, y por tanto la que ha conformado en verdad el motor "secreto" e "interior" (esotérico) de esa misma historia, que siempre ha tenido un aspecto externo y visible, y otro interno e invisible, horizontal y vertical, respectivamente. Por eso el nombre de Shet tiene, según Guénon, el sentido de estabilidad, fundamento y restauración,³⁵ sentido dado también a muchos fundadores legendarios, como el caso ya mencionado del Menes egipcio.

De no ser por esa "cadena áurea" no hubiera habido transmisión del Conocimiento a las generaciones que nacieron tras el *satya-yuga*, pues ella ha mantenido permanentemente vivo el vínculo con la Tradición primordial, y con él la posibilidad de recuperar de nuevo el estado original perdido como consecuencia de la "caída". Nos atreveríamos incluso a decir que sin la presencia de la "cadena áurea" tampoco hubiera habido historia, como no existe el efecto sin su causa, o la periferia de la circunferencia sin su centro, al que refleja constantemente. Como dice J. P. Laurant la historia, además de un aspecto oscuro que aleja a la humanidad de su Principio, "presenta también una cara luminosa, que es la de la transmisión. El reconocimiento a través de cada forma de civilización de los elementos que permiten la 'recuperación' del tiempo y la transposición de los acontecimientos sobre otro plano le da su sentido vertical". Pero la transmisión supone "la acción consciente y organizada de los hombres que detentan la Verdad y orientan el curso de las cosas sin participar directamente de la agitación exterior (...). La constatación de una dirección constante en la conducta de las sociedades se une a la concordancia de los símbolos, y la historia sirve de prueba última".³⁶

Tula, y los diferentes nombres que ha ido recibiendo el Centro supremo, como *Paradêsha, Luz, Salem, Shambala, Agartha*, designan en realidad la "Tierra de los Vivientes", la "Tierra de los Inmortales" o la "Tierra Pura". Pero se trata de una Tierra que no alude sólo a un espacio geográfico en el sentido corriente del término, sino fundamentalmente a un estado interior de la conciencia que se vive como la recuperación de una Memoria que nos devuelve el recuerdo de nuestro origen; y no

sólo el recuerdo, sino que nos inserta de nuevo en él.³⁷ Ese recuerdo no es otro, en definitiva, que la posibilidad siempre presente que tiene el hombre de recuperar su verdadero estado, que está en potencia tras haber caído en el "sueño", asimilado a la muerte y al olvido. Los "lugares" geográficos señalados por los centros sagrados simbolizan esencialmente estados espirituales: la "Tierra del Sol" no es una ensoñación "poética", sino una realidad metafísica a la que puede despertar el hombre de cualquier época o ciclo, incluido el nuestro, el *kali-yuga*, definido como la "edad sombría" por excelencia, edad en la que (sobre todo en sus últimas fases, que son las que estamos viviendo actualmente) la verdadera espiritualidad ha sido sustituida por la sentimentalidad religiosa y su sucedáneo pseudo-religioso y pseudo-iniciático, cuando no por una clara inversión contratradicional. Y si esa posibilidad de "despertar" se da incluso en nuestro tiempo, con mayor razón durante la segunda edad, el *trêtâ-yuga*, en la que a pesar de la decadencia que se produce a partir de entonces, la humanidad, o gran parte de ella, vive todavía en unas condiciones cíclicas que favorecen la búsqueda y obtención del Conocimiento.

La Tradición Atlante

A la mitad de esa edad se remonta el origen de la civilización atlante, la cual forma parte indiscutible de esa misma realidad supra-histórica, pues fue en su momento heredera de la Tradición primordial, y sede asimismo de un poder espiritual directamente emanado del Centro supremo, como lo demuestra el hecho de que el nombre de dicha sede no era otro que Tula, reflejo o emanación de la Tula hiperbórea. La Atlántida (cuyo continente estuvo situado entre Europa y América, dando nombre al océano que separa, y une, ambas: el Atlántico) es, efectivamente, algo más que un hecho histórico, aunque desde luego también lo sea en su orden correspondiente. Si bien no podemos desarrollar aquí el tema de la Atlántida, sí queremos destacar que su recuerdo, y la huella de su espíritu, quedó grabado en la memoria colectiva de numerosos pueblos, extendidos a uno y otro lado del Atlántico, incluso de aquellos que nacieron mucho tiempo después de la desaparición de la propia civilización atlante, pero que encuentran en ésta el origen de una misma identidad tradicional, que ha quedado guardada en los símbolos, mitos y leyendas que nutrieron el arte y la cosmogonía de esos pueblos.

Para éstos la Atlántida representa la "Tierra de los antepasados", y como reflejo de la Tierra hiperbórea original deviene también la "isla sagrada" donde residen los héroes inmortales descendientes de los dioses y los hombres de la edad de oro. También Platón, en el *Timeo*, y sobre todo en el *Critias*, habla extensamente de la Atlántida, destacando la organización de su cultura y la genealogía de sus reyes, "ligados al principio divino, con el que estaban emparentados". Geográficamente situada a Occidente, la Atlántida es denominada el "Paraíso occidental", al que los celtas dieron el nombre de Avalon,³⁸ y los griegos el de "Jardín de las Hespérides", situadas "más allá del río océano".³⁹ Tal es el caso también de los toltecas, los mayas y los aztecas precolombinos, que decían descender de *Aztlán*, la "tierra en medio de las

aguas", que evidentemente no es otra que la Atlántida.

Si algo hemos de decir de la Atlántida como realidad supra-histórica, nada mejor que recoger las siguientes palabras de Evola, que suscribimos totalmente: "Por consiguiente, el recuerdo histórico subsiste con frecuencia en el mito, en la supra-historia. El *Occidente*, donde se encontraba la Atlántida durante su ciclo original, cuando ella reproducía y continuaba la función 'polar' más antigua, expresa constantemente la nostalgia mística de los caídos, la *melior spes* de los héroes y los iniciados. Por una transposición de planos, las aguas que se cerraron sobre la tierra atlántica fueron comparadas a las 'aguas de la muerte', que las generaciones siguientes, postdiluvianas, compuestas de seres ya totalmente mortales, deben atravesar iniciáticamente para reintegrarse en el estado divino de los 'muertos', es decir de la raza desaparecida. Es en este sentido que han de ser interpretadas las representaciones bien conocidas de la 'Isla de los Muertos', en donde se expresa, bajo formas diversas, el recuerdo del continente insular sumergido" (y en nota añade: "Según ciertas tradiciones egipcias, las primeras dinastías prehistóricas fueron creadas por los 'héroes muertos', puede haber aquí una alusión a la raza divina del Occidente desaparecida y a los grupos atlantes llegados hasta Egipto). El misterio del 'paraíso' y de los lugares de inmortalidad en general, viene a ligarse al misterio del Occidente (y también del Norte, en ciertos casos) en un conjunto de enseñanzas tradicionales (...). La desaparición de la tierra sagrada legendaria puede también significar el pasaje en lo invisible, en lo oculto y lo no-manifestado, del centro que conserva intacta la espiritualidad primordial no-humana (...)."

"En realidad, el símbolo del Occidente puede, como el del polo, adquirir un valor universal, más allá de cualquier referencia geográfica o histórica. Es en Occidente donde la luz física, sumida al nacimiento y al declinar, se extingue, donde la luz espiritual inmutable se enciende y comienza el viaje de la 'barca del Sol' hacia la Tierra de los Inmortales. Y es por el hecho mismo de que esta región se encuentra en el lugar donde el sol desciende detrás del horizonte, que se la concibe también como subterránea o bajo las aguas. Se trata todo ello de un simbolismo inmediato, dictado por la naturaleza misma, y que fue empleado por los pueblos más diversos, incluso sin estar asociados a los recuerdos atlánticos. Sin embargo, esto no impide que en el interior de ciertos límites definidos por testimonios concomitantes, como aquellos a los que nos hemos referido, este tema pueda tener también un valor histórico. Entendemos por ello que entre las innumerables formas asumidas por el misterio del Occidente, algunas pueden aislarse, por las cuales es legítimo suponer que el origen del símbolo no ha sido el fenómeno natural del curso del sol, sino el lejano recuerdo, espiritualmente transpuesto, de la patria occidental desaparecida. A este respecto, la sorprendente correspondencia que se constata entre los mitos americanos y los mitos europeos, especialmente nórdicos y celtas, aparece como una prueba decisiva. El 'misterio del Occidente' corresponde siempre, en la historia del espíritu, a un tipo de espiritualidad que -tanto tipológica como históricamente- no puede ser considerada

como primordial. Aquello que la define es *el misterio de la transformación*, lo que la caracteriza es un dualismo y un pasaje discontinuo: *una luz nace, otra declina*. La transcendencia es 'subterránea'. Como en el estado olímpico, la supra-naturaleza no es naturaleza: ella es el fin de la iniciación, objeto de una conquista problemática".⁴⁰

El *Dwâpara-Yuga* o Edad de Bronce

Decíamos anteriormente que la civilización atlante aparece hacia la mitad de la edad de plata. Lo deducimos de los datos cíclicos proporcionados por Guénon, pues si como él afirma la civilización atlante se extiende a lo largo de un "Gran Año" (es decir 12.960 años), y teniendo en cuenta que dicha civilización desaparece hacia la mitad de la siguiente edad, la de bronce (cuya duración, recordaremos es también de un "Gran Año"), es evidente entonces que su primera mitad pertenece efectivamente a la edad de plata. Esto permite distinguir dos períodos dentro de la tradición atlante, estando cada uno de ellos determinado por las condiciones cíclicas que definen a una y otra edad. Obviamente, por el hecho mismo de que la edad de bronce, o *dwâpara-yuga*, está ya más alejada del origen primordial, esas condiciones no fueron tan favorables como las que se daban en la edad anterior. Según los textos hindúes en el *dwâpara-yuga* el toro del Dharma se apoya tan sólo con dos pies, indicando así que la Norma universal es seguida y respetada únicamente en su mitad. Y es precisamente con la entrada en la tercera edad del *Manvántara* que se inicia la decadencia de la tradición atlante, y en general en el conjunto de la existencia humana, que emprende así la curva descendente que la conducirá, lenta pero inexorablemente, hacia su final.

Hablando de la decadencia atlante, y de los motivos que la originaron, Platón nos dice de nuevo en el *Critias*: "Pero cuando comenzó a disminuir en ellos ese principio divino, como consecuencia del cruce repetido con numerosos elementos mortales, es decir cuando comenzó a dominar en ellos el carácter humano, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia. Se mostraron repugnantes a los hombres clarividentes, porque habían dejado perder los más bellos de entre los bienes más estimables. Por el contrario, para quien no es capaz de discernir qué clase de vida contribuye verdaderamente a la felicidad, fue entonces precisamente cuando parecieron ser realmente bellos y dichosos, poseídos como estaban de una avidez injusta y de un poder sin límites". Tenemos pues el motivo principal por el que se produce esa decadencia: el predominio cada vez mayor en el hombre del elemento simplemente humano (mortal) sobre el supra-humano, divino y primordial. A esto mismo se refiere el Génesis bíblico (cap. VI) cuando habla de la unión de los "hijos de Dios" con las "hijas de los hombres", atraídos por su belleza, como consecuencia de lo cual: "No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne". De esa unión nacieron los *nefilim*, que no son otros que los titanes de la tradición greco-latina, seres dotados de un gran poder, y descritos por Hesiodo en *Los Trabajos y los Días* en estos términos: "Zeus, padre de los dioses, crea una tercera raza de hombres precederos, raza de bronce, bien diferente de la raza de plata; hija de los fresnos, terrible y poderosa. No pensaban en

otra cosa que en los trabajos dolorosos de Ares (Marte) y en las obras de desmesura". Y Ovidio en su *Metamorfosis*: "A estas dos edades sucede la Edad de Bronce: el hombre es más feroz, y más presto a tomar las armas, que siembran el terror; sin embargo, se abstiene del crimen". Y finalmente la tradición hindú, en conformidad con todo lo anterior: "Cuando reinan la codicia, la insaciabilidad, el orgullo, la impostura, la envidia, en medio de las obras interesadas, entonces es la edad *Dwâpara*, donde dominan la Pasión y la obscuridad".

No quiere esto decir que durante el *dwâpara-yuga* no existiera un orden tradicional, pues la negación de ese orden sólo se dará en el *kali-yuga*, y más concretamente durante la última fase de éste, pero sí que en la humanidad en su conjunto empiezan a manifestarse determinadas posibilidades de orden inferior que permanecían ocultas o en potencia en las dos edades anteriores, y que como consecuencia del descenso cíclico encuentran en la edad de bronce las condiciones idóneas para comenzar a desarrollarse. La "pasión y la obscuridad" de que habla el texto hindú aluden a los *gunas rajas* y *tamas* respectivamente, que junto con *sattwa*, constituyen las tres tendencias o condiciones a las que están sujetas todas las cosas que conforman la existencia universal, incluidos los distintos períodos de la historia, pues en cada uno de ellos predomina una tendencia determinada sobre las otras. Durante la edad de oro y gran parte de la edad de plata, es la tendencia *sattwica* la que rige el comportamiento humano, que es por ello conforme a la Norma del Principio, pues *sattwa* representa la tendencia vertical ascendente, identificada con lo celeste y la luz de la Inteligencia. *Rajas*, que representa la tendencia expansiva, horizontal, ligada a la multiplicidad de las formas emanadas de la Unidad indiferenciada, se manifiesta durante una parte de la edad de plata y sobre todo en la edad de bronce, en la que también ya comienza a desarrollarse *tamas*, el tercer *guna*, que representa la tendencia oscura, tenebrosa y descendente, invertida con respecto a *sattwa*, y que será la que predominará durante toda la edad de hierro en diferentes grados de intensidad.⁴¹

La pasión es también una de las características de la casta guerrera, abocada por su propia naturaleza al dominio de la acción. En este sentido, las condiciones cíclicas de la edad de bronce propician que dicha casta entre en la escena de la historia, llegando a determinar en gran medida el curso de ésta a partir de ese momento, lo que se advertirá sobre todo en la constitución de ciertas formas tradicionales, en las que el poder temporal adquiere un papel cada vez más preponderante, desconocido hasta entonces, sin que esto supusiera necesariamente que la autoridad espiritual, o casta sacerdotal, dejara de desempeñar su función de conservadora y transmisora de la doctrina tradicional.⁴² Sin embargo, si hasta el comienzo del *dwâpara-yuga* existía una clara supremacía de la autoridad espiritual sobre el poder temporal, lo cual es conforme al orden jerárquico de la institución tradicional de las castas,⁴³ con la llegada de dicha edad aparecen las primeras tentativas por invertir ese orden, es decir de que el poder temporal prevalezca sobre el espiritual. En efecto, es en esa remota

edad donde han de darse las primeras sublevaciones de la casta guerrera contra la sacerdotal, lo que presumiblemente se da ya en la propia tradición atlante cuando ésta entra en su período de decadencia, así como en otros lugares, pues la tradición hindú habla de esa época como de un período de predominio de los *kshatriyas* sobre los *brahmanes*. Por otro lado, esta misma tradición menciona que el restablecimiento del orden y el equilibrio rotos por esas sublevaciones requirió en ocasiones la intervención de un *Avatar* divino.⁴⁴

Cuando las relaciones de la autoridad espiritual y el poder temporal se basaron en ese equilibrio, el conjunto del orden social vivía conforme al *dharma*, pues el principio de la acción, y sus múltiples expresiones en ese mismo orden social, derivaba directamente del punto de vista metafísico, que es en el que toda acción encuentra su origen y su razón de ser, exactamente igual que el movimiento de la rueda surge de su centro inmóvil. El espíritu guerrero, en sí mismo, no representa ninguna desviación, salvo cuando se ha empleado como un poder anti-tradicional y subversivo, lo cual, siempre que ha sucedido, ha provenido de formas degeneradas de la casta guerrera. Todo lo contrario de lo que sucede cuando ésta se ha limitado a cumplir con su verdadera función encomendada dentro del orden tradicional, que ha sido siempre la de velar por éste, y protegerlo. De ahí que uno de los atributos del poder temporal haya sido siempre el de la justicia (y sus símbolos la espada y la balanza), como aplicación en el ámbito humano del equilibrio y armonía universal.

Retomando el hilo de lo que decíamos anteriormente, la tendencia *rajásica* que caracteriza la edad de bronce promueve en muchos pueblos un impulso hacia la conquista y la expansión, y al desarrollo, en consecuencia, del arte militar y guerrero. Esto permite también la comunicación entre diferentes formas tradicionales alejadas entre sí en el espacio, y la fusión en muchos casos de varias de ellas. En el caso de la tradición atlante, situada originariamente en la "isla en mitad del océano", su expansión conquistadora la lleva hacia los continentes que estaban a su Occidente y su Oriente, es decir América por un lado, y Europa (especialmente su costa occidental), el norte de África y toda la cuenca del Mediterráneo por otro, llegando incluso hasta el Medio-Oriente y la Mesopotamia. Esto confirma lo que decíamos más arriba con respecto al recuerdo que muchos pueblos de esas áreas geográficas tienen de un contacto ancestral con la civilización atlante, de la cual incluso algunos se consideran herederos más o menos directos.

El Diluvio. Fin de la Civilización Atlante

En plena expansión de la civilización atlante sobrevino uno de los más grandes cataclismos de la historia, sólo comparable con el acontecido por la inclinación del eje terrestre al comienzo de la edad de plata. Se trata del Diluvio, al que la Biblia describe como universal, pues afectó prácticamente a todo el planeta, hasta el punto de modificarse su configuración geográfica de forma muy notable. En consecuencia, es bastante probable que no sólo desapareciera la Atlántida, sino también aquel otro continente situado en el océano Pacífico, y sede también de otra gran civilización,

cuyos herederos fueron, y siguen siendo en alguna medida, los pueblos que actualmente habitan las cientos de islas agrupadas bajo el nombre de la Polinesia y la Micronesia, entre todos los cuales existe una identidad de cultura y de raza, lo que testimonia un origen común. En ese formidable cataclismo hemos de ver también el anuncio de un cambio cíclico de orden a la vez cósmico y humano, si bien dicho cambio no supone el fin de la edad de bronce, ya que ocurre hacia la mitad de ésta, es decir unos 6.000 años antes del *kali-yuga*.⁴⁵

En realidad, a lo que pone fin el Diluvio es a una humanidad que agotó sus posibilidades, entrando en un claro proceso de degradación que la conduciría a su desaparición, si no totalmente (pues esto hubiera representado el fin del *Manvántara*), sí en una parte considerable de ella. Precisamente cuando en el cap. VI (5,12) del Génesis se habla de la "corrupción generalizada del género humano" es a ese período al que hace referencia. Se imponía, por tanto, un cambio y una profunda renovación en el conjunto de la humanidad, lo que se tradujo en la creación de formas tradicionales adaptadas a las nuevas condiciones cíclicas. Esas adaptaciones, necesarias para ir conservando el Conocimiento y la doctrina metafísica, continuaron en manos de la autoridad espiritual, que es, como siempre, la que tiene que llevar a cabo dichas adaptaciones. El ejemplo de Noé es bastante ilustrativo a este respecto, pues él representa precisamente a esa autoridad en su función de conservadora y transmisora del Conocimiento. El "Arca de Noé" es justamente el símbolo de esa conservación: la reunión en el Arca de todas las especies ha de verse sobre todo como un símbolo de la salvaguarda de la doctrina, de lo esencial de ella misma, constituyéndose así en los gérmenes del nuevo período cíclico, comprendido todavía dentro del actual *Manvántara*.⁴⁶ Como nos dice Guénon a este respecto el Arca del Diluvio también "es una representación del Centro supremo, considerado especialmente en tanto que asegura la conservación de la tradición, en el estado de cierto ocultamiento, en el período transitorio que es como el intervalo de dos ciclos y que está señalado por un cataclismo cósmico que destruye el estado anterior del mundo para dar lugar a uno nuevo".⁴⁷ El Arca (la nave) flotando por sobre la superficie de las "aguas inferiores" durante el pasaje de un ciclo a otro ofrece, en efecto, una imagen perfecta de esa conservación, o protección, de la Ciencia Sagrada, o Filosofía Perenne, que se mantiene así "aislada" de las perturbaciones que suceden en el mundo exterior.⁴⁸ Cuando las "aguas se retiran" un orden nuevo aparece en la Tierra y en la humanidad, que establece, como leemos en el Génesis, una "nueva alianza" con el Principio. Esa "nueva alianza" conlleva, como dijimos, la creación de nuevas formas tradicionales, que por el hecho mismo de esa alianza vuelven a restablecer el vínculo con el Centro supremo. Los "hijos de Noé" y sus genealogías representan a todos esos pueblos postdiluvianos, al menos a aquellos que habitaron las zonas del Oriente Medio y el Africa nord-oriental, es decir a los pueblos descendientes de Sem, Cam y Jafet.

El período que se inicia a partir de entonces podría denominarse, como dice el

Génesis, de "purificación del género humano", si bien siempre se tratará de una regeneración relativa, habida cuenta de que nos encontramos en la edad de bronce, exactamente en su segunda mitad. El episodio que describe el comportamiento de Cam respecto a su padre Noé, al burlarse de su desnudez, y su posterior "maldición", nos indica que no toda la humanidad participaba de esa regeneración, y persistían los elementos disolventes del período anterior, aquellos que motivaron el "castigo" divino, según la terminología bíblica. En este sentido, recordaremos que de los descendientes de Cam debían salir, mucho tiempo después, aquellos que edificaron la Torre de Babel, el símbolo de la "confusión de lenguas" y que según los datos tradicionales es el hecho que señala el fin de la edad de bronce y el comienzo de la "edad oscura".

Kali-Yuga o la Edad de Hierro

En efecto, no deja de ser significativo que sea la "confusión de lenguas" el signo distintivo por el que da comienzo la edad más sombría del *Manvántara*. Antes de esa edad "era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras",⁴⁹ lo que ha de ser interpretado como la confirmación de que todos los pueblos tenían la misma Tradición, o tradiciones lo bastante próximas entre sí como para poder ser comprendidas por todos. La conciencia de esa identidad común, restaurada tras el Diluvio, comienza nuevamente a perderse, pero esta vez esa pérdida se hace más profunda en razón del brusco descenso cíclico que se produce con la entrada en el *kali-yuga*.⁵⁰ El toro del *Dharma* tan sólo se apoya con un pie, simbolizando así el gran desequilibrio que distingue a la última edad, y muy especialmente a las últimas fases de ésta. Los *Puranas* hindúes describen con todo detalle la naturaleza y las tendencias de los seres humanos durante esta edad, las cuales se van acentuando conforme se acerca a su fin. "Cuando reinan el engaño, la mentira, la inercia, el sueño, la maldad, la consternación, la aflicción, la turbación, el miedo, la tristeza: esto se llama la Edad *Kali*, que es tenebrosa". "Durante este período los hombres son cortos de vista (es decir, tienen muy limitadas sus facultades intelectuales), tienen pocos recursos, son glotones, libidinosos, indigentes; las mujeres libertinas y malintencionadas".

La tendencia tamásica, descendente y oscura, prevalece sobre *satwa* y *rajas*, sin que éstas desaparezcan totalmente, pues la continuidad de la existencia humana y cósmica exige la presencia de los tres gunas en sus diferentes combinaciones. Por eso el comienzo del *kali-yuga* es muy diferente a sus períodos últimos, pues a pesar de que el tono general de esa edad esté marcado por *tamas* y su poder solidificante, no por ello dejan de actuar las energías respectivas de *satwa* y *rajas*. Podríamos decir que un cierto equilibrio entre las tres prevalece al principio de la edad de hierro, como no podría ser de otra manera, ya que, como llevamos dicho, las condiciones que imperan en todo comienzo de ciclo son, a su medida, análogas a las que se dieron en el origen del *Manvántara*. La idea de una "aurora" y de un "crepúsculo" aplicable a cualquiera de los grandes ciclos humanos sirve también en el caso de la edad de hierro, en cuya

primera mitad se vive, en efecto, en unas condiciones cualitativamente muy superiores a las que se darán en su segunda parte. Por otro lado, recordaremos también que cada una de las edades del *Manvántara* constituye un ciclo completo en sí mismo, y obedece a las mismas leyes que regulan y estructuran el ciclo más grande, en el que está comprendida. El *kali-yuga*, como todas las demás edades, es un subciclo del *Manvántara*, y hasta su número de años, 6.480, guarda una exacta proporción con el total del gran ciclo, de 64.800 años. Ese diez por ciento de la duración del *kali-yuga* con respecto al *Manvántara* entraña un componente simbólico de enorme importancia, y explica muchas cosas de la historia sagrada del último ciclo humano. Aquí entramos de lleno en el sentido cualitativo de los números, y en cómo estos reflejan realidades de un orden mucho más profundo que el simplemente literal y cuantitativo. Todo ello se ajusta al "sentido de las proporciones",⁵¹ que representa un componente esencial del orden y la armonía universal, pues gracias a él siempre existe una relación permanente y concordante entre la parte y el todo, y en el caso que nos ocupa entre los ciclos menores y mayores.

Según esa relación observamos que las cuatro divisiones del *kali-yuga* se reparten según la proporción de los números 4, 3, 2, 1, exactamente igual que para el total del *Manvántara*. En este sentido recurriremos a lo que G. Georgel expone en *Les Quatre Âges de l'Humanité*, págs. 211 y siguientes. Este autor observa que:

"En estas condiciones, el conjunto del *Kali-Yuga*, el período protohistórico e histórico que va del 4450 a. d. C. al 2030 d. C., y cuya duración es de 6.480 años, se subdividiría en cuatro sub-edades de duración respectivamente proporcional a los números 4, 3, 2 y 1; la última sub-edad teniendo como duración (en números redondos): $6.480 : 10 = 648$."

Sigue a continuación la siguiente cronología para las cuatro sub-edades del *Kali-Yuga*.

1ª sub-edad (de oro); duración: $4 \times 648 = 2.592$ años,
del -4450 al -1858.

2ª sub-edad (de plata); duración: $3 \times 648 = 1.944$ años,
del -1858 al +86.

3ª sub-edad (de bronce); duración: $2 \times 648 = 1.296$ años,
del +86 al +1382.

4ª sub-edad (de hierro); duración: $1 \times 648 = 648$ años,
del +1382 al +2030."

En este cuadro expuesto por Georgel, vemos que cada una de las sub-edades, o sub-ciclos, del *kali-yuga* comprendería una décima parte de las edades completas del

Manvántara. La primera de ellas, de 2.592 años, sería un reflejo de la edad de oro en el *kali-yuga*. La segunda, de 1.944 años, equivaldría a la edad de plata. La tercera, de 1.296 años, a la edad de bronce. Y por último, la cuarta, de tan sólo 648 años, a la edad de hierro. Esta última edad sería la fase "más oscura de la edad oscura", y pertenece enteramente a los tiempos modernos, en donde la desacralización de la existencia humana ha llegado a ser prácticamente total. Según esto podríamos decir que el conjunto del *kali-yuga* aparece como una síntesis de todo el *Manvántara*, y por tanto el tiempo donde se manifestarán tanto los aspectos más positivos como los más negativos del mismo.

Por otro lado, esta sucesión decreciente de las diferentes sub-edades del *kali-yuga* manifiesta la tendencia cada vez más compresiva del tiempo. El mundo, en efecto, entra en su período de mayor solidificación, lo que se ve reflejado en el hecho de que la piedra comienza a sustituir a la madera como elemento principal de la construcción, ya se trate del hábitat como de la construcción de los templos y santuarios. Ello trae consigo un mayor grado de sedentarización, como consecuencia del cual se asiste a un desarrollo de la agricultura, naciendo también con ella el sentido de "posesión de la tierra", hasta entonces desconocido, y que traerá consigo un cambio substancial en las relaciones que el hombre mantenía hasta ese momento con el medio terrestre. En contrapartida la "cultura del agro" desarrollará todo un simbolismo relacionado con el mundo vegetal, lo que dará lugar a un cambio cualitativo en la cosmovisión de los pueblos sedentarios. Lo mismo podríamos decir de todas aquellas artes y ciencias que tienen su desarrollo en el espacio, como la arquitectura, la cerámica, la pintura, la metalurgia, el tejido, la escritura, etc. Los historiadores y antropólogos aluden a este período del *kali-yuga* con el nombre de Neolítico,⁵² la edad en la que se "talla la piedra". Naturalmente nuestro punto de vista es muy diferente al de la ciencia oficial,⁵³ aunque hemos de reconocer que ésta tiene razón cuando habla de que la llegada del Neolítico trajo consigo una verdadera "revolución" en las culturas de casi todos los pueblos de la Tierra. Pensemos también en los profundos cambios que debieron sobrevenir, en todos los aspectos de la vida, con la "invención" de la rueda como utensilio de uso práctico (sobre todo como medio de locomoción y comunicación), y no ya tan sólo en su aspecto ritual y simbólico, que es como se entendía exclusivamente hasta ese momento.⁵⁴

Pero en cualquier caso, en todas las culturas tradicionales las innovaciones "técnicas" se hicieron siempre teniendo en cuenta ciertos límites en cuanto a su aplicación práctica. A pesar del descenso cíclico, las primeras civilizaciones del *kali-yuga* se asentaban en una concepción del mundo plenamente sacralizada, y por consiguiente el punto de vista "profano" les era tan ajeno como lo fue en las edades anteriores. Los hombres de esas civilizaciones sabían perfectamente que rebasar esos límites hubiera supuesto una "ruptura" en el equilibrio general del mundo, con las nefastas consecuencias que se producirían en el conjunto de la existencia humana y terrestre. Nuestros lejanos antepasados estaban persuadidos de que la noción de límite y de

encuadre protector era más necesaria que nunca, sobre todo teniendo en cuenta que la tendencia tamásica era la que predominaba ya en esos primeros tiempos de la "edad sombría". Las aplicaciones prácticas y técnicas (por ejemplo en el arte de la construcción) siempre estuvieron supeditadas a los principios derivados de la Ciencia Sagrada, que a su vez dependían enteramente de las realidades metafísicas.⁵⁵ Es evidente que esto no ha sucedido con la civilización moderna, la cual representa, en este sentido, una verdadera anomalía, pues precisamente ella nace como resultado de la negación de todo principio de orden trascendente. La ausencia de cualquier referencia vertical conlleva también la pérdida del sentido de la proporción y la medida, como lo demuestran fehacientemente todos esos "adelantos" científicos y técnicos (impulsados por la idea falaz del "progreso indefinido") que nos están llevando a la destrucción, aquellos mismos que no quisieron desarrollar las antiguas civilizaciones por la sencilla razón de que no concebían un mundo que no estuviera regido por las "leyes del Cielo".

Volviendo a la división cuaternaria del *kali-yuga* según el cuadro anterior de G. Georgel, indicaremos que a las dos primeras sub-edades corresponden el período de constitución de las grandes civilizaciones del *kali-yuga*, aquellas que se extendieron, en lo que respecta al continente Euroasiático y norte de Africa, a lo largo del eje horizontal que va desde el extremo-oriente hasta la parte más occidental de Europa, y entre las que merecen destacarse la china, la hindú, la caldea, la egipcia, la minoico-cretense, la celta, la persa, la judía, la griega y la romana. En todas ellas (y en otras más de las que apenas tenemos noticias) estuvieron los grandes centros sagrados del Mundo Antiguo, perpetuando así, en la edad más oscura del *Manvántara*, la presencia siempre viva de la Cosmogonía Perenne en toda la variedad de sus expresiones culturales, simbólicas y míticas. En este sentido merece destacarse el hecho de que todas esas civilizaciones se constituyeron bajo la influencia de dos corrientes principales: las que procedían de la tradición atlante y las que lo hacían más o menos directamente de los pueblos hiperbóreos. En algunos casos fue la unión de esas dos corrientes las que dieron origen a una determinada civilización, como fue el caso de la celta y la caldea.⁵⁶ Estas, derivadas como Egipto de la tradición atlante, reciben sin embargo el influjo de los pueblos descendientes de la hiperbórea que emigraron del Norte hacia el Sur en oleadas sucesivas durante toda la primera mitad del *kali-yuga*, llegando a conformar lo que se ha dado en llamar la civilización indoeuropea, abarcando gran parte del Asia central, el valle del Indo, la Mesopotamia, el Cáucaso y la práctica totalidad de Europa, y aglutinada en torno a una lengua madre común, de la que derivó el sánscrito y numerosas otras lenguas emparentadas con él, como la persa, la griega, el latín, las lenguas galesas y célticas, el antiguo eslavo, el armenio, lituano, el lapón y los derivados de todas ellas. En este sentido no hemos de olvidar que de entre los pueblos hiperbóreos que descendieron hacia el Sur, la parte más importante la constituía los antecesores de los actuales hindúes, que trajeron consigo los símbolos, los ritos y la doctrina (expresados a través de los *Vedas*) entroncada directamente con la Tradición primordial, y cuya lengua

vehicular era precisamente el sánscrito.⁵⁷

Una excepción a esta regla es la de la tradición egipcia, que procediendo de la corriente atlante recibe sin embargo el influjo de los pueblos procedentes del Sur, muy probablemente de Etiopía y del Africa negra.⁵⁸ Pero en cualquier caso, el Egipto pre-dinástico entronca directamente con la Atlántida (y a través de ésta con la Tradición primordial), y hemos de decir que ese elemento originario permaneció vivo durante todo el Egipto histórico, predominando sobre el resto de influencias que esa civilización necesariamente tuvo que recibir de otras formas tradicionales tras más de cuatro mil años de existencia. Y aunque sólo sea de pasada, no podemos dejar de nombrar el importante papel desempeñado por el sacerdocio egipcio en la conservación y transmisión de la Ciencia Sagrada antediluviana y primordial.⁵⁹

En cuanto a la otra gran civilización, la china o la extremo-oriental, ella surge al comienzo del *kali-yuga* como depositaria también de una herencia mucho más antigua, que sin duda se remonta a los primeros tiempos del *Manvántara*. En efecto la tradición china que aparece al inicio de la edad de hierro permanecía bastante fiel a sus orígenes primordiales, pues los cambios que se produjeron en ella siempre se hicieron dentro del más estricto respeto a las antiguas tradiciones, rasgo éste que también se da entre los hindúes, lo cual les ha permitido conservar a lo largo del tiempo, tanto a unos como a otros, lo esencial de la doctrina metafísica. En la civilización extremo-oriental esa doctrina tomó a partir de un momento dado el nombre de Taoísmo y en la hindú el de Vedanta.

El último período del *Kali-Yuga*

Sin embargo, y teniendo en cuenta que nos encontramos en la "edad sombría" del *Manvántara*, a lo largo de las dos primeras sub-edades del *kali-yuga* (que abarcan prácticamente cuatro mil años) existieron diversas crisis que afectaron con mayor o menor intensidad a casi todas las civilizaciones. Pero ninguna de ellas se puede comparar con la que existió en torno al siglo VI a. C., hasta el punto de que algunos autores (entre ellos Guénon) sitúan en dicho siglo una de esas "barreras de la historia" que de tanto en tanto se han ido dando a lo largo del *Manvántara*, indicando los momentos más críticos en el mismo. Además esas "barreras" siempre señalan un antes y un después en lo que se refiere a la orientación espiritual de la humanidad. En verdad, el paso de un *yuga* a otro constituye en sí una de esas "barreras", pero también éstas se dan en el interior de cada *yuga*, como fue el caso, por ejemplo, de la desaparición de la Atlántida, que recordaremos ocurrió hacia la mitad del *dwâpara-yuga*.

Pero en lo que respecta concretamente al siglo VI a. C. la crisis que se desencadena no afecta ya a una u otra tradición en particular, sino que se trata de algo generalizado y que incumbe a casi todos los pueblos de la tierra, reflejo todo ello del descenso cíclico y la inevitable solidificación que lo acompaña. En algunos casos esas crisis se resolverán mediante las necesarias adaptaciones a las nuevas circunstancias

cíclicas, pero en otros conllevarán la pérdida irreparable de una parte importante de la tradición.⁶⁰

En cierto modo, y salvando las distancias, la crisis del siglo VI a. C. podría ser comparable a la que aconteció con el "Gran Cambio" producido tras la salida de la Edad de Oro. Pero si en esos momentos la humanidad comenzaba a alejarse de su Principio, y en consecuencia todavía era posible recuperar con relativa facilidad la conciencia de la Unidad perdida, en este caso, y en razón de la fase muy avanzada del ciclo, esa posibilidad sin embargo tan sólo estaba ya al alcance de unos pocos, mostrándose por el contrario la gran mayoría cada vez más impermeable a las realidades superiores.

Teniendo esto en cuenta observaremos también que si tomamos como fecha del fin del ciclo el año 2.030, tenemos que entre esa fecha y el siglo VI a. C. (es decir el año -600) los "tiempos históricos" comprenderán 2.630 años, o en números redondos 2.600, lo que correspondería a la décima parte de un gran ciclo de 25.920 años (26.000 en el redondeo), es decir de un período completo de la precesión de los equinoccios, el mismo que comprendió la totalidad del *satya-yuga* o edad de oro. Existiría por tanto una cierta analogía entre la primera edad del *Manvántara* y el "ciclo histórico" de 2.600 años, pero en el sentido de que este último constituiría un diez por ciento de aquella, disminución que también ha de extenderse a la propia capacidad del ser humano para "captar" ciertos aspectos de la realidad de las cosas.

En efecto, en el "ciclo histórico" el horizonte espiritual e intelectual de la humanidad se ha reducido considerablemente, y la percepción que el hombre tiene de sí mismo y del mundo se ha vuelto más "externa", más volcada hacia el exterior. Aparece lo que se ha dado en llamar la "conciencia histórica", esto es, la idea de pertenecer a un tiempo privado de su dimensión vertical. El hecho acontecido en el tiempo ya no tiene la misma "carga" simbólica y comienza a aislarse de su realidad mítica, supratemporal y transhistórica.⁶¹ El hombre se encierra aún más en la "esfera" de lo temporal, y como decimos tan sólo una minoría es capaz de penetrar el sentido profundo del símbolo, estableciéndose con ello una clara distinción entre el aspecto interior (esotérico y metafísico) y el aspecto exterior (exotérico y social) de lo que siempre constituyó un saber y un conocimiento esencialmente unitario, vertebrador de todas las manifestaciones culturales de las sociedades antiguas.⁶² Esa "conciencia histórica" encaja perfectamente con las condiciones cíclicas de este nuevo período de la humanidad, pues precisamente al siglo VI a. C. se remontan, según los datos tradicionales, el comienzo de los "tiempos históricos", cuyo fin coincidirá también con el del *kali-yuga* y por tanto del *Manvántara*.

Dentro también de esa "exteriorización", hacia esa época debemos ubicar la aparición del fenómeno religioso, sobre todo en Occidente, y más particularmente en Grecia y en Roma, aunque en esas civilizaciones la religión estará siempre ligada con los ritos sociales y familiares (algo muy parecido a lo que es el confucianismo en China o el

sintoísmo en Japón), y no tendrá las connotaciones sentimentales y morales propias del judeo-cristianismo y el islam durante el período de decadencia de estas tradiciones, aunque ese elemento sentimental está en el origen mismo de la religión, y constituye aquello que la diferencia esencialmente de la metafísica, hasta el punto de que podría decirse, con Guénon, que ese elemento representa "una decadencia con relación al pensamiento metafísico".⁶³ Recordando también que "la perspectiva religiosa está por necesidad relacionada a determinadas contingencias históricas, mientras que el punto de vista metafísico se refiere exclusivamente al orden principal".⁶⁴ De hecho, la forma religiosa fue el resultado de una adaptación especial de la propia doctrina tradicional a la mentalidad de los hombres de Occidente nacidos en el "ciclo histórico", mentalidad en la que "prevalecía la sentimentalidad sobre la inteligencia, predominio que alcanzó su más alto grado en los tiempos modernos", y es el resultado, por consiguiente, "de un desfallecimiento intelectual de la colectividad humana a la cual se dirige".⁶⁵ La religión participa, pues, del descenso cíclico y de la solidificación general del mundo, y está siempre supeditada a esa circunstancia, por lo que resulta manifiestamente absurdo hablar de una "Religión Perenne" como algunos han hecho, pretendiendo de esta manera confundirla con la verdadera Sabiduría Perenne, o *Sanatana Dharma*.⁶⁶

Por otro lado, el "ciclo histórico" es también la época en que se acentúa la preponderancia del poder temporal sobre la autoridad espiritual, afectando a casi todas las tradiciones y constituyendo la "impronta" misma de la era crepuscular. Como señala Guénon a este respecto "los detentadores del poder temporal se vuelven cada vez más independientes de toda autoridad superior, pretendiendo obtener su propio poder de ellos mismos, separando así completamente lo espiritual de lo temporal",⁶⁷ o lo que es lo mismo lo interior de lo exterior. Pero hemos de decir que esto representa el aspecto "negativo" de esa preponderancia, y además, como más adelante veremos, esa completa separación, acompañada por una subversión anti-tradicional, se dará en una fase ya avanzada del "ciclo histórico".

En primer lugar, hemos de tener en cuenta que para esa época, y prácticamente de forma generalizada, la autoridad espiritual, la casta sacerdotal, había entrado en una fase de "debilitamiento", pues en un mundo cada vez más exteriorizado su influencia se iría reduciendo proporcionalmente. Huelga decir que ese debilitamiento para nada afecta a la esencia misma de la doctrina, de índole metafísica y no sujeta a los cambios del devenir cíclico como ya sabemos, pero sí que ésta sufre un "ocultamiento" aún mayor debido a ese cambio acontecido en la orientación espiritual de la humanidad, que se torna más "excéntrica" en el verdadero sentido de la palabra. De alguna manera, y debido a esa circunstancia, el poder temporal, la casta guerrera, debió sustituir en algunas de sus funciones a la autoridad espiritual. Quizás esto pueda explicar también el hecho de que los fundadores de algunas de las tradiciones aparecidas durante el "ciclo histórico", nazcan o procedan genealógicamente de la casta guerrera, como es el caso del príncipe hindú Shaky-

Muni (que devendrá el Buda). El mismo Jesús desciende de la tribu real de Judá (a la que también pertenecieron los reyes David y Salomón) y no de la tribu sacerdotal de Leví.⁶⁸ Lo mismo puede decirse de Mahoma, nacido en el seno de las tribus nómadas y guerreras del desierto arábigo. Podríamos poner algunos ejemplos más, pero pensamos que estos son suficientes para darnos cuenta de que por algún motivo la conservación y la transmisión del Saber primordial "necesitó" del aporte procedente de la casta guerrera, de su "fuerza" y su entrega sacrificial puesta al servicio de la Verdad.⁶⁹

Podemos afirmar que es en gran medida gracias a esa aportación que la "cadena áurea" portadora de los símbolos y los ritos de la Ciencia Sagrada continuará estando presente en los momentos más difíciles de la última fase del *kali-yuga*, con lo cual la posibilidad de "encarnar" el Conocimiento seguirá siendo una realidad, y bajo cualquier circunstancia, para todos aquellos que se sientan llamados a su realización.

*

* *

En verdad, no es sino hacia la mitad más o menos del "ciclo histórico" cuando aparece con toda su crudeza el aspecto negativo de esa preponderancia del poder temporal anteriormente mencionado, el cual viene dado, como dice Guénon, por la pretensión de una casta guerrera, desviada de sus verdaderas funciones, de obtener su propio poder de ella misma, lo cual implica de hecho una "subversión" y una "rebelión" en toda regla contra la autoridad espiritual, pues no sólo pretende ocupar el lugar de ésta, sino que intenta suprimirla totalmente en una acción claramente anti-tradicional. En este caso cuando hablamos de autoridad espiritual no nos estamos refiriendo al sacerdocio eclesiástico, ligado con el punto de vista religioso y cuya máxima autoridad, en el catolicismo, era el papa de Roma. Estamos ya lejos de los primeros tiempos del cristianismo, cuando ese sacerdocio estaba, en palabras de San Pablo, investido "según el orden de Melquisedeq", es decir de una presencia de la propia Tradición primordial pues, como vimos, Melquisedeq no es otro que Manú, el Rey del Mundo. Al final de la Edad Media europea el oficialismo religioso poco transmite ya del espíritu contenido en el mensaje evangélico, expresión viva de la Tradición Unánime, naciendo una teología escolástica que salvo honrosas excepciones acabará reduciendo ese mensaje a meras formulaciones "dogmáticas", y que poco tendrá que ver ya con lo que fueron sus orígenes y la influencia supra-humana que lo constituyó.

En esa época la verdadera autoridad espiritual la ostentaban justamente quienes eran los auténticos depositarios del esoterismo cristiano, especialmente la Orden del Temple y otras organizaciones vinculadas a ésta, como los "Fieles de Amor" o la

"Fede Santa".⁷⁰ Ese esoterismo está asimismo presente en las diferentes escuelas, que como la de Chartres, la de Oxford o la de los "místicos de Munich" (por poner sólo tres ejemplos), recogieron también la herencia de la tradición platónica y la gnosis alejandrina, tan presentes durante todo el Medioevo. Como se sabe a los "Fieles de Amor" y a la "Fede Santa" perteneció nada menos que Dante, cuya "*Divina Comedia*" es en realidad un tratado de esoterismo cristiano, y en el que no faltan tampoco elementos simbólicos recogidos de la cosmogonía hermética (ver *El Esoterismo de Dante*, de Guénon). Y de entre los "místicos de Munich" baste evocar la figura insigne del Maestro Eckhart, cuyas obras, de contenido metafísico, acabaron siendo censuradas por la jerarquía eclesiástica.

Por otro lado, es cierto que la Orden del Temple era una organización caballeresca, y en este sentido estaba más relacionada con la casta guerrera que con la sacerdotal, pero también es verdad que éste fue su aspecto exterior (desde luego importante), el cual, por así decir, servía de "cobertura" y protección a un núcleo más interno en el que residía un auténtico poder espiritual, que es el que mantenía el vínculo efectivo con el "Centro supremo", como Guénon mismo ha repetido en tantas ocasiones y en diversos pasajes de su obra.⁷¹ Por todo ello no es de extrañar que la sublevación anti-tradicional del poder temporal se dirigiera principalmente contra la Orden templaria, pues atacando a ésta se iba directamente al corazón mismo de lo que se llamó la Cristiandad, considerada como la última expresión de una civilización verdaderamente tradicional en Occidente, y en la que el esoterismo y el exoterismo convivían perfectamente.⁷² Y no deja de ser significativo que esa sublevación se hiciera con el consentimiento del Papado, aunque ese consentimiento fuese en realidad el resultado de una previa imposición del rey de Francia Felipe el Hermoso. Pero el hecho es ése, que la destrucción de la Orden templaria (culminada en el 1.314) para llevarse a cabo necesitó de una cierta complicidad de los más altos representantes de la jerarquía eclesiástica, lo que indica, efectivamente, que la autoridad religiosa tenía ya poca conciencia de su verdadera función "pontifical".⁷³

Esa destrucción supuso además una cierta ruptura del vínculo que durante el Medioevo unía a Occidente con el "Centro del mundo", vínculo que sin duda habría desaparecido totalmente si las diversas corrientes esotéricas e iniciáticas (pertencieran o no al esoterismo cristiano) que permanecieron tras el final de la Edad Media hubieran seguido la misma suerte que la Orden templaria y otras afines a ella. Fue a partir de entonces cuando la transmisión de la enseñanza tradicional en Occidente recayó en quienes fueron los últimos representantes de la Filosofía Perenne, entre los cuales se encontraba "la antigua y noble estirpe de los hijos de Hermes", el Dios que propicia la búsqueda y obtención del Conocimiento. Estamos convencidos de que si durante ese período de la historia europea la tradición continuó estando viva ello fue debido sobre todo a la presencia de esa estirpe, que entronca con los orígenes primordiales y que es constitutiva por tanto de la "cadena áurea" portadora de la Ciencia Sagrada, adaptándola a las circunstancias históricas y a la

mentalidad de sus contemporáneos.⁷⁴ De ahí que esas corrientes no sólo fueran herederas del legado medieval, sino también de todo cuanto representó hasta ese momento la tradición iniciática y esotérica en Occidente (en el sentido amplio del término, que abarca también lo antediluviano, como apuntamos en la nota 59), siendo la encargada de prolongarla durante todo el Renacimiento, e incluso más allá de éste.⁷⁵

Pero el Renacimiento fue una época de grandes contrastes, pues junto a la permanencia de esas corrientes herméticas y tradicionales, comenzaban a darse por doquier las primeras manifestaciones de la mentalidad moderna. De hecho la sublevación del poder temporal degradado es ya una expresión manifiesta de esa mentalidad, profundamente anti-tradicional y negadora en lo más íntimo de todo aquello que representa verdaderamente el símbolo como vehículo de Conocimiento. Por otro lado esa desviación está perfectamente enmarcada dentro de las leyes cíclicas, pues recordaremos que según el cuadro de G. Georgel, los "tiempos modernos", que constituyen la última sub-edad del *kali-yuga*, se inician justamente tras el fin de la Edad Media, fechada por este autor en el año 1.382.

Esos tiempos llegaron finalmente, y el mundo entero iba a conocer a partir de entonces la época más siniestra de todo el *Manvántara*, llegando a constituirse al final de éste una sociedad enteramente invertida en relación a lo que ha sido siempre una civilización verdaderamente tradicional, es decir ligada al Origen. Y sin embargo, hasta en los momentos más oscuros de esta época (que coinciden con los nuestros) la tradición no ha llegado a desaparecer por completo, pues ésta es coetánea con la vida misma, y el hombre siempre tendrá la posibilidad de restablecer el lazo que lo une con su Principio. Por eso los esfuerzos por destruir todo vestigio de la tradición no llegarán a triunfar, aunque a veces pueda parecer lo contrario. La expresión "cuando todo parece perdido es cuanto todo será salvado", y referida a un momento determinado del proceso en la vía del Conocimiento, puede aplicarse perfectamente a este momento final del ciclo.

Somos conscientes de que las pocas tradiciones que han llegado hasta el fin del *kali-yuga* (y entre las que incluimos aquellas que han sido agrupadas bajo la denominación de "las iglesias dispersas", entre las que hay que contar a los "pueblos sin tradición escrita", y que en realidad son los que han conservado, en plena "era electrónica" el pensamiento tradicional más arcaico y "primitivo", y por ello mismo más próximo a los orígenes) lo han hecho en unas condiciones extremadamente disminuidas, pues no han podido sustraerse a la degradación en que vive sumida la totalidad del género humano, situación ésta que ya previeron nuestros lejanos antepasados.⁷⁶ Mas esto forma parte de los "signos de los tiempos" de un mundo o ciclo que agoniza. Pero igualmente es cierto que su legado simbólico es ajeno a esa degradación, que afecta sobre todo a las formas exteriores con que aquellas se revisten, pero no al fondo y al espíritu mismo de sus enseñanzas metafísicas y cosmogónicas. Como hemos dicho, la "cadena áurea", el linaje humano mediante el

cual se ha expresado la Sabiduría Perenne a lo largo de todo el *Manvántara* y presente en el corazón de toda cultura tradicional, es el símbolo de la "cadena áurea" celeste, supra-humana y vertical. Por eso dicho linaje permanecerá hasta el fin.

Por lo tanto, se puede hablar, como dice Guénon, "de algo que está más bien oculto que verdaderamente perdido, pues no está perdido para todos y algunos lo poseen todavía íntegramente; y, si es así, otros tienen siempre la posibilidad de volverlo a encontrar, con tal de que lo busquen como conviene, es decir que su intención esté dirigida de tal modo que, por las vibraciones armónicas que despierta según la ley de la 'acciones y reacciones concordantes', pueda ponerlos en comunicación espiritual efectiva con el Centro supremo".⁷⁷ Y en nota añade: "Lo que acabamos de decir permite interpretar en un sentido muy preciso estas palabras del Evangelio: 'Buscad y encontraréis, pedid y recibiréis; golpead y se os abrirá'".⁷⁸

El "Viento sopla donde quiere", y se "oye su voz", pero no sabemos "de dónde viene y a dónde va".⁷⁹ Así ha sido, es y será siempre.

<https://www.2enero.com/textos>

NOTAS

(*) [Este artículo apareció originalmente en la Revista *SYMBOLOS: Arte - Cultura - Gnosis*, N° 21-22, "Ciclogía. Fin de Ciclo IV". Barcelona, 2001. No hallándose ya en la web de la revista se publica hoy aquí con el permiso expreso de su autor.]

1 La figura de la serpiente mordiéndose, o devorándose, la cola (por ejemplo la serpiente uroboros de la alquimia) simboliza perfectamente la idea del tiempo cíclico renovándose perennemente. En todas las tradiciones la serpiente es un símbolo de la perpetuidad cíclica, que se visualiza como una espiral enroscada en torno al Eje del Mundo. Ver a este respecto el capítulo XXV: "El Arbol y la Serpiente" de *El Simbolismo de la Cruz*, de René Guénon.

Igualmente, sobre la auténtica naturaleza del tiempo ver "El Ser del Tiempo. Simbolismo de los calendarios", de Federico González aparecido en el N° 7 de la Revista *SYMBOLOS*, y que conforma también el cap. III de *Simbolismo y Arte*. Ahí leemos lo siguiente: "Las sociedades que crearon los calendarios, y de las que heredamos el nuestro, comprendían el tiempo como recurrente, y sobre todo, como constituyendo parte esencial de la misma Creación Universal (macrocosmos), es decir, como integrando el ser del hombre (microcosmos), y por lo tanto como algo que no está fuera y puede ser objetivamente enunciado o medido, como una categoría del ser, sino el Ser mismo, el En Sí Mismo, en toda la potencia universal contenida en la propia idea del Tiempo como símbolo móvil de lo Eterno e Inmóvil; de lo cual da cuenta el milagro original de la Memoria y las correspondencias que guardan los seres, las cosas y los sucesos en general, los que los hace distintos y significativos y por ello también interdependientes y no excluyentes. Para una visión tradicional, el Tiempo es el soplo vital, el Gran Cohesionador de lo creado, y es absolutamente natural que su expresión gráfica sea la de una circunferencia, que al limitar un espacio configura un círculo, una primera figura

plana, tanto de un espacio original, como del ciclo en que es vivido, o revivificado, por la acción espontánea del tiempo, generador permanente del movimiento y las leyes que lo rigen y en total correspondencia, como no podía dejar de estarlo, con sus propios orígenes, con su razón de ser; con el Ser del Tiempo como supuesto de todo lo creado". Asimismo no debemos olvidarnos de otra obra fundamental: *El Tiempo y la Eternidad*, de Ananda K. Coomaraswamy.

- 2 Concretamente en el artículo de Manrique Miguel Mom "[Ciclos cósmicos de la humanidad](#)".
- 3 El número de "años" de Brahma, 108, es también el de las cuentas del rosario hindú y tibetano, el cual es considerado como un símbolo de la "cadena de los mundos". El número 108 es uno de los números cíclicos fundamentales, junto a todos aquellos que representan subdivisiones del gran ciclo de la precesión de los equinoccios. Ver "La cadena de los mundos", cap. LXI de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. También Federico González: *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*, cap. VII, "[Ciclos y ritmos](#)". Añadiremos que en el simbolismo temporal los ciclos (ya sean *kalpas*, *manvántaras* o *yugas*) representan estados del Ser Universal, "aunque el tiempo -tanto como el espacio- no sea en realidad sino una condición propia de uno de ellos, de tal manera que la sucesión no es aquí más que la imagen de un encadenamiento causal", (R. Guénon, *El Rey del Mundo*, cap. XII, nota 3. También en *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos*, [cap. I](#)). Es decir, que en el Ser Universal mismo todos esos ciclos o estados se viven como simultáneos, y sólo toman el aspecto sucesivo y encadenado en el devenir temporal. Como decía Platón "El tiempo es la imagen móvil de la Eternidad".
- 4 Ed. Siruela. Madrid, 1995.
- 5 Cap. II.
- 6 Esto es una forma de vivir la síntesis entre la contemplación y la acción, que no tienen por qué oponerse, como no se oponen el centro y la circunferencia, sino que son complementarios, si bien la contemplación es siempre superior a la acción.
- 7 Los símbolos son los intermediarios entre el mundo del devenir y la realidad inmutable de las ideas, y por tanto constituyen el lenguaje cifrado con que los dioses se comunican con los hombres, y recíprocamente los hombres con los dioses cuando ellos encarnan verdaderamente, es decir hacen efectivo en sí mismos, lo revelado por el símbolo. De ahí el carácter sagrado de éste y el por qué siempre ha sido el medio de expresión de la Ciencia Sagrada.
- 8 "La cadena de los mundos", en *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*.
- 9 En la antigua lengua egipcia, Menes, el fundador legendario de las dinastías, significa "el que perdura", "el que permanece", "el que queda". Precisamente estos atributos son también los de Manú.
- 10 Guénon nos recuerda que la raíz *dhri*, de la que deriva *dharma*, significa "llevar, soportar, sostener, mantener; se trata entonces propiamente de un principio de conservación de los seres, y en consecuencia de estabilidad". Y acerca de las vinculaciones del *dharma* con el polo, afirma más adelante: "En este sentido es importante señalar que la raíz *dhri* es casi idéntica, tanto en la forma como en el sentido, a otra raíz *dhru*, de la cual deriva la palabra *dhruva*, que designa el 'polo'; efectivamente, es a la idea de 'polo' o de 'eje' del mundo manifestado que conviene

referirse si se quiere comprender verdaderamente la noción de *dharma*: es lo que permanece invariable en el centro de las revoluciones de todas las cosas, y que regula el curso del cambio sin participar de él". "Dharma", incluido en *Etudes sur l'hindouisme*.

11 *El Rey del Mundo*, cap. II.

12 Un texto hindú compara la existencia de un hombre sin tradición a la de las bestias, y quizás por ello el hombre moderno, que es un hombre sin tradición, cree que sus antepasados eran esos antropoides simiescos inventados por el "evolucionismo", es decir que su origen es infrahumano, en contra de la opinión unánime expresada por todas las tradiciones, para quienes ese origen es supra-humano y celeste.

13 Esto también se refleja en un paulatino acortamiento de la vida humana, como tendremos ocasión de ver más adelante.

14 En el hinduismo la esfera del planeta Saturno se llama *Satya-Loka*, el "mundo, o lugar, de la Verdad". En la iconografía de las esferas planetarias del hermetismo medieval y renacentista la de Saturno aparece como la más cercana al cielo de las estrellas fijas, y por tanto del Empíreo, la morada simbólica de los Bienaventurados.

15 R. Guénon, *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, cap. XX. También *El Simbolismo de la Cruz*, cap. XX.

16 *Ibid.* cap. VII.

17 En muchas tradiciones, por ejemplo entre los pitagóricos, los dioses son considerados hombres inmortales y los hombres dioses mortales.

18 R. Guénon, *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, cap. XIX.

19 En "De la esfera al cubo", que forma el cap. XX de *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*, Guénon señala "que el recinto circular que encierra el 'Paraíso terrestre' no es más que la sección horizontal del 'Huevo del Mundo', es decir, de la forma esférica universal y primordial". Y en nota añade: "Conviene señalar que dicho círculo está dividido por la cruz formada por los cuatro ríos que salen de su centro, describiendo, por tanto, con toda exactitud la figura de la que hemos hablado a propósito de la relación entre círculo y cuadrado". Esos cuatro ríos (el Tigris, el Éufrates, el Pishon y Guijón, según la tradición judeo-cristiana) parten del "Arbol de la Vida" o "Eje Universal", plantado efectivamente en el centro del Edén, y se dirigen hacia las cuatro direcciones del espacio terrestre realizándolo en su totalidad, direcciones que son análogas a las cuatro estaciones temporales. Por consiguiente, en la forma simbólica del Paraíso está ya prefigurada la estructura del mundo, sus determinaciones espaciales y temporales, delimitadas ambas por el círculo (o la esfera en la tridimensión), estructura que, en lo fundamental, constituye a su vez el modelo en el que se inspirará la construcción de las ciudades y los recintos sagrados en todas las civilizaciones tradicionales. El hecho de que esas construcciones, a partir de un momento dado, se edifiquen en forma cuadrada en nada altera su sentido simbólico, pues el cuadrado (o el cubo en la tridimensión), representa al círculo en su forma "fijada" y "estabilizada", razón por la cual se le considera como el símbolo de la Tierra, mientras que el círculo lo es del Cielo. Por otro lado, el cuadrado y el círculo tienen ambos 360°.

20 Ver el estudio antes citado de Manrique Miguel Mom en el N° 15-16 de la Revista *SYMBOLOS*, págs. 135-136, nota 4. Allí se demuestra que, según las investigaciones llevadas a cabo por algunos científicos rusos, "el mito de la montaña sagrada emergida

en el Polo Norte, tuvo y tiene un fundamento geológico e histórico". Igualmente ver *Origine Polaire de la Tradition Védique*, de B. G. Tilak. Ed. Arché Milano.

- 21 En su novela simbólica *La Montaña Análoga* (Ed. Alfaguara), René Daumal describe el viaje de un grupo de hombres y mujeres a la búsqueda de la montaña mítica, los cuales "han comprendido que estaban encarcelados, llegando a la conclusión de que lo principal es renunciar al encarcelamiento y parten en busca de esa humanidad superior, liberada de la prisión, en la que podrán encontrar la ayuda necesaria".
- 23 [no hay nota 22] En este sentido queremos señalar que en la victoria del dios Apolo sobre la serpiente Pitón, guardiana del oráculo de Delfos, hemos de ver también el símbolo del cambio de ciclo y de civilización en la antigua Grecia, en el momento en que sobre ella descenden los pueblos indoeuropeos venidos de las regiones septentrionales y acaban por asimilar las culturas que allí pervivían desde tiempos muy lejanos.
- 24 Ver, de John Michell, *El Espíritu de la Tierra*, Ed. Debate.
- 25 En la tradición hindú *dwîpa*, isla, también sirve para designar ciclo, y más especialmente el ciclo del *Manvántara*, lo cual es una muestra más de la vinculación que existe entre el simbolismo espacial y el temporal, o entre la geografía y la historia. Para más ampliaciones sobre este simbolismo ver de Guénon "[Algunas observaciones sobre la doctrina de los ciclos cósmicos](#)", en *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos* (traducido en [la Revista] *SYMBOLOS* N° 15-16, pág. 299). También "*Luz o la morada de inmortalidad*", en *El Rey del Mundo*. Igualmente de J. Evola el capítulo "El polo y la sede hiperbórea", en *Revolte contre le monde moderne*.
- 26 *El Rey del Mundo*, cap. X.
- 27 G. Georghel en *Les Quatre Âges de l'Humanité* (pág. 240-241) habla precisamente de las dos ubicaciones geográficas que durante la edad de oro conoce la Tradición primordial: la primera polar, y la segunda oriental. La primera tiene que ver con el estado de inmanifestación de la humanidad primigenia, y la segunda con su estado de manifestación, lo que está simbolizado en la Biblia por la creación de la pareja Adán-Eva a partir del Andrógino primordial. El "sueño de Adán" está relacionado con ese pasaje de la Unidad a la Dualidad.
- 28 Ver, en *El Simbolismo de la Cruz*, el cap. VII: "La resolución de las oposiciones".
- 29 Ese replegamiento u ocultación se ha descrito simbólicamente como un paso de la cúspide de la montaña polar al interior de ésta, esto es a la caverna. Ese replegamiento ha sido sucesivo a lo largo de las épocas del *Manvántara*, recibiendo por ello la sede del Centro supremo diferentes nombres y localizaciones. En la actualidad ese nombre es el de *Agartha* y su ocultación ha llegado a su grado más extremo, residiendo en lo más profundo de la caverna, que no es otra que el mundo subterráneo, lo cual, naturalmente no hay que tomarlo de forma literal, sino como un símbolo de su perfecta "invisibilidad" e inaccesibilidad para la gran mayoría de los seres humanos. "*Agartha* es un espacio real aunque oculto a las miradas y los deseos de los simples mortales. Es también un espacio oscuro y subterráneo, como es el alma humana, la caverna, y la interioridad, que ésta representa. Los habitantes del *Agartha* han comenzado a tomar a su propio ser como el *athanor*, u horno, de la experiencia alquímica y han llegado, por su trabajo y la gracia de los dioses, a participar de los ámbitos y aulas de la Iglesia Secreta, así como a percibir la

proximidad del Misterio y contar con la presencia permanente del Rey del Mundo, lo cual hace que consideren a las alegorías como intrínsecamente falsas, y negadoras, por su propia naturaleza, de la realidad metafísica y el auténtico mundo espiritual (o intelectual) al que se llega merced a la estancia en la gruta, como lo sabe cualquier aspirante a yogui en los Himalayas. *Agartha* no está afuera sino dentro y es mucho más real que cualquier fenómeno, ser o cosa. Por ello es que sin necesitar de nada y de nadie ha permanecido y permanecerá idéntica a sí misma en las condiciones actuales de la existencia terrestre, como el refugio de la inmanencia divina, contenida macrocósmicamente en la *Shekinah* y microcósmicamente en el *Luz*, nuez, o almendra de inmortalidad, ubicada simbólicamente por la Cábala en la base de la columna vertebral del hombre. Los habitantes del *Agartha* han tenido que hacer un camino invertido con respecto a lo 'normal' y 'natural' y remontar una vía de ascenso paulatina, penosa y llena de pruebas; un peregrinaje en el interior de la caverna, lo que ha hecho que transformaran sus heces en piedras preciosas y los ha convertido en ciudadanos de la auténtica patria, es decir, verdaderamente universales y vinculados al gobierno interno del mundo". F. González, N° 6 de [la Revista] *SYMBOLOS*, págs. 176-177 ([reseña al libro *Arktos* de J. Godwin](#)).

- 30 *Revolte contre le monde moderne*, cap. III de la segunda parte.
- 31 En la simbólica de la cruz de tres dimensiones el eje solsticial norte-sur es relativamente vertical con respecto al eje equinoccial este-oeste, pues de hecho él señala los dos polos en torno a los cuales gira toda la tierra, y para nuestro planeta ese es su verdadero eje vertical, y constituirían como un reflejo del eje cénit-nadir celeste. Por eso es que, aún estando relacionado con la simbólica solar, el eje solsticial también conserva un simbolismo polar, que es de hecho el que destaca sobre todo Guénon en sus diversos estudios sobre la simbólica de la orientación y de la geografía sagrada, sin olvidarnos, en efecto, de que el polo norte, la hiperbórea, fue la sede primera de la Tradición primordial.
- 32 En este orden de cosas hay que entender la importancia dada a determinadas constelaciones zodiacales en detrimento de las boreales, como es el caso de las Pléyades (situadas en la constelación de Tauro), que sustituyeron en la cosmogonía de los atlantes a la Osa Mayor.
- 33 Todo esto está íntimamente unido a lo que se ha llamado "los polos de evolución de las civilizaciones", tema interesantísimo y muy relacionado con lo que estamos tratando, pero que no podemos abordar ahora por su complejidad. En todo caso, remitimos al cap. VIII de *Les Quatre Âges de L'Humanité*, de G. Georgel. También a las obras de Yves Christiaen *La Cosmographie appliquée a l'Astrologie* y *La Mutation du Monde*, Ed. Dervy-Livres.
- 34 El número 72 es como ya sabemos uno de los números cíclicos fundamentales, y expresa por sí mismo un ciclo completo. Por poner un ejemplo reciente de ese ciclo recordaremos que la influencia del comunismo en la política mundial duró exactamente 72 años (1917-1989).
- 35 Ver "Shet", cap. XX de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. En ese mismo capítulo Guénon nos recuerda que en hebreo el nombre de Shet también significa "tumulto" y "ruina", características que igualmente encontramos en el dios egipcio Set, hermano de Osiris, y que los griegos llamaron Tifón. Pero evidentemente no es ese

sentido el que conviene al tercer hijo de Adán.

36 *Le Sens caché dans l'oeuvre de René Guénon*, págs. 182-183.

37 Este es el sentido verdadero de la *anamnesis* platónica. Añadiremos que casi todo el relato contenido en el *Fedón o del Alma* es una descripción de esa "Tierra Pura".

38 La isla de Avalon, donde habitan los *Thuatha de Danan*, los "Hijos de la Diosa", desempeña un papel muy importante en la leyenda del Graal, pues hacia ella se dirige la barca que contiene al rey Arturo después de su muerte.

39 Las Hespérides, *hesper* en griego y *vesper* en latín -la tarde, es decir Occidente- son hijas de Atlas (como las Pléyades), considerado como el rey de la isla occidental, es decir de la Atlántida.

40 *Revolte Contre le Monde Moderne*, cap. IV de la segunda parte. La desaparición del sol por Occidente y su descenso en las profundidades del océano, indica simbólicamente el pasaje al mundo invisible, donde "muere" para renacer posteriormente y alumbrar (en el sentido también de "dar a luz") un nuevo día, o un nuevo ciclo.

41 Sobre los tres gunas, ver Guénon, *El Simbolismo de la Cruz*, y también el [cap. VIII de La Rueda: Una imagen simbólica del cosmos](#), de F. González.

42 Entre los representantes de la autoridad espiritual en diversas tradiciones baste nombrar a los astrólogos-sacerdotes caldeos, a los druidas entre los pueblos celtas, a los sacerdotes egipcios, a los patriarcas y profetas entre los hebreos, los brahmanes entre los hindúes, los toltecas entre las civilizaciones de Mesoamérica, etc.

43 Las cuatro castas (sapiencial, guerrera, artesana y campesina) en que siempre se han estructurado las sociedades antiguas (sobre todo las sedentarias) surgen también como consecuencia de la ruptura del equilibrio que regía durante la edad de oro, en la que no se conocía esa división por el hecho mismo de que todos los hombres participaban por igual de la Unidad en la plenitud de su libertad interior. Como nos dice Guénon a este respecto: "La distinción de las castas, con la diferenciación de las funciones sociales a la cual corresponde, resulta en suma de una ruptura de la unidad primitiva; es entonces que aparece también, como separado el uno del otro, el poder espiritual y el poder temporal, que constituyen precisamente, en su diferente ejercicio, las funciones respectivas de las dos primeras castas, la de los Brahmanes y la de los Kshatriyas. Por otra parte, entre estos dos poderes, así como entre todas las funciones sociales atribuidas a los diversos grupos de individuos, debía existir originariamente una perfecta armonía, por medio de la cual la unidad primera era mantenida en la medida que lo permitían las condiciones de existencia de la humanidad en su nueva fase, porque la armonía no es en suma sino un reflejo o imagen de la verdadera unidad" (*Autorité Spirituelle et Pouvoir Temporel*, cap. I. Ed. Vega, París, 1976).

Según la tradición hindú en el *satya-yuga* sólo existía una casta -o supra-casta por estar más allá de ellas-, llamada *hamsa*. La palabra casta está en relación con *varna*, que significa "color" y también "cualidad", referida a la naturaleza del ser individual, a sus atributos o tendencias interiores (y por tanto en relación también con los gunas), por medio de los cuales dicho ser está en armonía con el *dharma* o ley universal. Es obvio que todo esto no tiene nada que ver con las "clases sociales" sobre las que se sustenta la sociedad moderna, las cuales constituyen una parodia de la verdadera institución de las castas. Ver, a este respecto, R. Guénon: "Varna" en *Etudes sur L'Hindouisme*. Acerca

de la palabra *hamsa* Alan Watts recuerda que es "una de las múltiples imágenes del Sí-Mismo, el Ave Divina que incuba el mundo como si fuera un inmenso huevo. Se dice también que con la sílaba *ham* el Sí-Mismo exhala, desperdigando así las galaxias por todo el universo, y que con la sílaba *sa* inspira y atrae de nuevo a todas las cosas a su unidad primera. Si repetimos las sílabas *ham-sa* varias veces, éstas llegan a confundirse con la expresión *sa-ham*, o *sa-aham*, que significa 'Yo soy esto' y ESTO (el Sí-Mismo) es lo que todos los seres son". ("El mito básico", ensayo corto incluido en *El Gran Mandala*, Ed. Kairós).

- 44 Ya en la misma edad de plata, el *trêâtâ-yuga*, se conocieron algunas de esas intervenciones avatáricas para subsanar ciertas desviaciones en la propia casta sacerdotal. Acerca de este punto remitimos al interesante estudio de J. D. de Villedieu sobre "[El Descenso cíclico](#)" en el mismo N° de la Revista *SYMBOLOS*. Añadiremos que los *Avataras* son diez y representan las sucesivas manifestaciones de *Vishnu* a lo largo del *Manvántara*. El último *Avatara* se manifestará al final del presente *Manvántara*, lo que el cristianismo llama la "segunda venida" de Cristo, y que no es otro que el *Kalki-Avatara* de la tradición hindú. Es interesante señalar que *tara* es el nombre de la estrella polar en sánscrito, por lo que podríamos decir que *Avatara* significa también el "descenso del polo", en este caso del polo espiritual, lo cual tal vez tendría relación con el "Dios en nosotros" del nombre Emmanuel.
- 45 Pero si el *Manvántara* se divide según cinco "grandes años" (de 13.000 años cada uno en números redondos), el Diluvio correspondería al fin del cuarto "gran año". La teoría cíclica de los cinco "grandes años", fue expuesta por primera vez por Guénon -aunque está presente en la Tradición Precolombina-, y desarrollada posteriormente por G. Georgel en varias de sus obras, y más especialmente en *Les Quatre Ages de L'Humanité*, cap. VII, al que remitimos al lector. Ella se basa fundamentalmente en la analogía de los cinco "grandes años" con los cinco elementos, incluido el éter, en estrecha relación también con las cinco razas de la humanidad, considerando dentro de ellas a la primera de todas: la hiperbórea, la que englobaba en potencia a las cuatro restantes, como el éter contiene también en potencia a los cuatro elementos, que surgen de él por adaptaciones sucesivas. Hemos de decir que esta teoría se complementa perfectamente con la doctrina de las cuatro edades, que es la principal y la que se ha de tomar siempre como modelo, aunque introduce dentro de ella otras lecturas relacionadas especialmente con los ciclos en los que cada una de las diferentes razas ha desarrollado lo que portaba dentro de sí, tomando por ello mismo un papel preponderante durante un determinado período del *Manvántara*. Señalaremos que el mismo autor indica que el fin de cada "gran año" coincide con un cataclismo cósmico que provoca la dislocación de los continentes, modificando, y renovando, la configuración del planeta.
- 46 Podría existir una analogía entre el Diluvio, que renueva las condiciones de existencia de nuestro *Manvántara*, y el fin del *Manvántara* anterior, que según la tradición hindú finaliza debido a un cataclismo provocado por el agua, como el del actual lo será por el fuego, según todas las tradiciones. Ver "Algunos aspectos del simbolismo del pez", que conforma el cap. XXII de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*.
- 47 *El Rey del Mundo*, cap. XI. Sirviéndonos de la analogía entre el macrocosmos y el microcosmos, podríamos decir que ese período de oscuridad, o de caos, que existe entre un ciclo y otro, es el que acontece también en el ser humano cuando cambia de estado, ya sea tras su muerte natural, o como consecuencia de la "muerte iniciática" vivida

durante el proceso espiritual.

- 48 Según la tradición hindú, la transmisión de la Sabiduría Perenne a lo largo de los ciclos cósmicos es llevada a cabo por los "siete *rishis*", en sánscrito "luces", cuya morada simbólica se encuentra en las siete estrellas de la Osa Mayor, también llamada en la tradición china "Balanza de jade". Según Guénon en los siete *rshi* reside, pues, la "perpetuidad" del Veda, el cual "ha de entenderse, según la significación etimológica de la palabra (derivada de la raíz *vid*, saber), como la Ciencia por excelencia o el Conocimiento sagrado en su integridad". Ver *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, cap. XXIV.
- 49 Génesis, XI, 1.
- 50 Ese progresivo oscurecimiento intelectual (o espiritual) viene acompañado también de un notable acortamiento de la vida humana, el cual ya se había ido produciendo durante el período postdiluviano. Mientras Noé vivió más de novecientos años, sus hijos, Sem concretamente, no superó los quinientos, en tanto que sus descendientes fueron progresivamente disminuyendo en edad hasta llegar a Téraj, padre de Abraham, que vivió doscientos cinco años. Abraham mismo vivió ciento setenta y cinco años.
- 51 Acaso es ese mismo sentido de las proporciones el que hace que Abraham tenga que pagar su "diezmo" a Melquisedeq, el rey de Salem, que no es otro que el propio "Rey del Mundo", o Manú, el regente del *Manvántara*.
- 52 En Europa la cultura del neolítico se origina muy posiblemente a partir de una corriente atlante que se estableció en el viejo continente (especialmente en sus regiones occidentales y noroccidentales) tras el cataclismo que puso fin a su civilización. Recientes investigaciones han destacado la unidad cultural de los pueblos neolíticos, expresada a través de sus monumentos y de una identidad común en lo que se refiere a la toponimia, lo que revela la existencia de una misma familia lingüística entre todos ellos. Además también se sabe que existía un sistema viario que comunicaba entre sí los centros más importantes repartidos por toda la geografía europea, lo que refuerza la idea de esa identidad cultural. De la presencia de la civilización neolítica todavía quedan algunos testimonios que han desafiado el paso del tiempo, de los que destacamos por ser los más conocidos el cromlech (literalmente "círculo de piedras") de Stonehenge, o el "templo estelar" de Glastonbury, ambos en Inglaterra; de Newgrange en Irlanda, de Sternsteine en Alemania, o los dólmenes de Carnac, en la Bretaña francesa. Acerca de este último lugar resulta por lo menos curioso que también en el antiguo Egipto existiera un importante centro espiritual con el mismo nombre: Karnac. Sobre Stonehenge y Glastonbury recomendamos la obra *Nueva visión sobre la Atlántida*, de John Michell, Ed. Martínez Roca. En cuanto a Glastonbury también el cap. XII de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, titulado "La Tierra del Sol".
- Acerca de Stonehenge he aquí lo que nos dice J. Godwin: "Stonehenge y el pueblo que lo construyó eran Apolíneos en el sentido de que estaban dedicados al sol, a la astronomía, las matemáticas y la música (...). Emerge el panorama de una elevada y ordenada civilización europea en el tercer milenio a. C., de la cual los arqueólogos no conocen casi nada". "Anales del Colegio Invisible" (III, Orfeo).
- 53 Nos referimos a la ciencia más oficial, aquella que todavía arrastra el lastre positivista y materialista del siglo XIX. Otra cosa bien distinta son todos aquellos investigadores actuales que se acercan a los vestigios culturales de los pueblos arcaicos y tradicionales

con el ánimo de conocer la concepción del mundo de esos pueblos (expresada a través de sus símbolos, ritos y mitos) y extraer de ella una enseñanza en relación con el conocimiento de la cosmogonía. Y no nos referimos tan sólo a determinados historiadores de las religiones (como por ejemplo M. Eliade), sino también a todos aquellos que se dedican al estudio de las más antiguas astronomías, dando nombre así a una ciencia nueva: la Arqueoastronomía. Como ejemplo de esto último recomendamos *En Busca de las Antiguas Astronomías*, de E. C. Krupp, Anthony F. Aveni y otros. Ediciones Pirámide, Madrid 1989. Igualmente, y en lo que se refiere a las culturas prehistóricas de la Península Ibérica, Baleares y Canarias, el libro *Arqueoastronomía Hispana*, de Juan Antonio Belmonte y otros. Ed. Equipo Sirius, Madrid, 2000.

- 54 Existe, sin embargo, una excepción en la utilización "técnica" de la rueda. Se trata de las antiguas civilizaciones precolombinas, que se abstuvieron siempre de ese uso. "El que la rueda 'técnica' fuese un tabú para estas civilizaciones y que su aplicación práctica estuviese censurada -por ejemplo en el transporte-, es un hecho que está referido a la repugnancia de utilizar algo sagrado a niveles profanos. Ruedas y engranajes son los que han traído la mecanicidad, la deshumanización y la desintegración del mundo contemporáneo". Federico González: *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*, cap. VI. Para un conocimiento de las culturas precolombinas desde el punto de vista simbólico y metafísico, ver también del mismo autor *Los Símbolos Precolombinos. Cosmogonía, Teogonía, Cultura*.
- 55 Hablamos antes de la agricultura, y hemos de añadir a lo dicho que para los hombres antiguos ésta era igualmente una técnica, un arte, y en la que desde luego intervenían conocimientos de las fuerzas sutiles que determinan las cualidades del espacio terrestre, es decir de la ciencia de la geomancia, y que se complementaban perfectamente con los que procedían de la observación de los fenómenos celestes y astronómicos, tan estrechamente vinculados a la actividad agraria. En todos los pueblos tradicionales, en fin, existía lo que se podría llamar una "ingeniería sagrada", sustentada en el conocimiento profundo de las leyes internas que rigen el cosmos.
- 56 Entre la Céltida y la Caldea hay más vinculaciones de lo que parece a primera vista. Ambos nombres no designaban tan sólo a un pueblo y una raza, sino ante todo una casta sacerdotal, que en el caso de los caldeos estaba especialmente ligada al conocimiento de la ciencia astrológica y astronómica. Por otro lado, la palabra caldeo es idéntica a kaldes, los habitantes de la antigua Caledonia, actualmente Escocia.
- Anteriormente hemos hablado del encuentro entre Abraham y Melquisedeq, y hemos de decir que ese "encuentro" ha sido interpretado como el episodio que señala el punto de unión del pueblo hebreo con la Tradición primordial, siendo a partir de entonces que dicho pueblo estará legitimado para cumplir con su función tradicional dentro del *kali-yuga*, pues esa unión representa la transmisión de una influencia espiritual directamente emanada del Centro supremo. Se trataría entonces de una de esas adaptaciones que tantas veces se han dado a lo largo de la historia, en este caso de la adaptación de un pueblo que, como el hebreo, también procedía de Caldea, pues no debemos olvidar que Abraham provenía de la ciudad caldea de Ur, fundada según diversas fuentes por las colonias atlantes que se establecieron en Mesopotamia tras la desaparición de la Atlántida.
- 57 En lo que se refiere a la civilización celta como punto de unión entre las dos corrientes atlante e hiperbórea, remitimos sobre todo al capítulo XXIV de los *Símbolos*

Fundamentales de la Ciencia Sagrada, titulado "El Jabalí y la Osa", que es sumamente importante para comprender determinadas claves de la historia y la geografía sagradas. También a "[Lugar de la Tradición Atlante en el Manóántara](#)", cap. incluido en *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos*. Asimismo el libro de Philippe Lavenue *L'Esotérisme du Graal. Secret du Mont Saint-Michel*, cap. II).

- 58 Es muy probable que la unificación del Bajo Egipto y el Alto Egipto (simbolizada por la doble corona del faraón) tuviera que ver con ese encuentro con las culturas meridionales.
- 59 Ver a este respecto "[La Tumba de Hermes](#)", de Guénon, aparecido en el N° 17-18 de la Revista *SYMBOLOS*, y que conforma uno de los capítulos de *Formas Tradicionales y Ciclos Cósmicos*. Ahí se afirma que el epíteto de "Trismegistos" tributado a Hermes significa "Tres veces grande", o "Triple por sabiduría", triplicidad que a veces "se encuentra desarrollada en forma de tres Hermes distintos". El primero, llamado "Hermes de los Hermes" es antediluviano, y los otros dos, considerados como postdiluvianos, son el "Hermes babilonio" y el "Hermes egipcio"; y concluye diciendo: "esto parece indicar muy claramente que las tradiciones caldea y egipcia se habrán derivado directamente de una sola y misma fuente principal, la cual, dado el carácter antediluviano que se le reconoce, no puede ser otra que la tradición atlante". El mismo autor, en su *Aperçus sur l'Initiation*, cap. XLI, afirma que Thot-Hermes "no es otra cosa que la representación misma del antiguo sacerdocio egipcio o, para hablar con mayor propiedad, del principio de inspiración 'supra-humana' de donde aquel extraía su autoridad y en el nombre del cual formulaba y comunicaba el conocimiento iniciático".
- 60 Acerca de los cambios habidos durante el siglo VI a. C. recomendamos al lector el cap. I de *La Crisis del Mundo Moderno*, de Guénon. Por nuestra parte añadiremos que hacia esa época desapareció totalmente la antigua civilización de Tartessos, ubicada en el sur de la península Ibérica, y de la que se cree era una de aquellas colonias atlantes que se establecieron en dicha península tras la desaparición del continente. Como dato significativo diremos que se han descubierto textos tartésicos que remontan a unos seis mil años a. C.
- 61 Esa "conciencia histórica" no tiene por qué ser intrínsecamente negativa, pues asumiendo que esto es así para los hombres que hemos nacido en el "ciclo histórico", ese sentirse pertenecientes a la historia es también asumir todo el pasado de la humanidad, pero no ya como una "carga" sino como una herencia que puede ser un vehículo de conocimiento simbólico que nos permite ir remontando las épocas históricas reconociendo en todas ellas la presencia indeleble de una sola y única Tradición, manifestada a través de las cosmogonías y formas culturales de todos los pueblos. Aludiendo a ese modo de considerar la "conciencia histórica", Nicolás Berdiaeff afirma: "Cada hombre, por su misma naturaleza íntima, es un gran mundo, un microcosmos donde se refleja y permanece todo el mundo real, con todas sus grandes épocas históricas. No es el fragmento de un universo que contuviera aquel trozo de mundo, sino una especie de mundo grande, que, según el estado de conciencia del individuo, aún puede permanecer cerrado, pero que se revela interiormente a medida que se ilumina y ensancha esta conciencia suya. En este proceso de ahondamiento de la conciencia se revelan todas las grandes épocas históricas, toda la Historia del Mundo". *El Sentido de la Historia*, cap. II.
- 62 En la tradición china esa separación entre el aspecto interior y metafísico de la doctrina y su aspecto exterior y social, tomó la forma del taoísmo y del confucianismo,

respectivamente. También en la escuela Pitagórica las enseñanzas tenían una parte más interna (reservada a los discípulos que estaban más cualificados), y otra más externa, de la que participaban todos los miembros de la cofradía sin distinción.

- 63 *Introducción General al Estudio de las Doctrinas Hindúes*, "Tradición y Religión", cap. IV de la segunda parte. En el cristianismo la decadencia de que hablamos se produce desde el momento en que su exoterismo interrumpe toda comunicación con la parte esotérica y metafísica de su propia tradición, lo que acontece al final de la Edad Media como veremos más adelante. En cuanto al islam esa decadencia es también el resultado de esa incomunicación entre su vertiente religiosa y la metafísica o iniciática, representada por el sufismo. Pero en el islam ambos dominios siempre han estado muy diferenciados (bastante más que en el judaísmo y el cristianismo), lo que de alguna manera ha propiciado una cierta independencia del uno con respecto al otro. En este caso esa degradación vendrá por la exacerbación de su exoterismo, que acabará aplicando la "ley islámica" de una manera cada vez más burda y literal, desembocando en ese integrismo intolerante y fanático característico de una gran parte del mundo musulmán actual. En el exoterismo católico también se da ese fenómeno de intolerancia fanática, como lo demuestra históricamente el de la Inquisición. Pero hoy en día, y aunque ciertas formas inquisitoriales sigan existiendo, la mayoría de sus representantes se han convertido en esos fariseos que con tanto ardor denunció y combatió el propio Cristo Jesús.
- 64 Esta cita de Guénon está incluida dentro del artículo de F. González "[Breve sobre la necesidad del exoterismo](#)", p. 283 del N° 9-10 de *SYMBOLOS*. Debe quedar claro que aquí entendemos la religión no en el sentido que le da la historia de las religiones, para la cual lo religioso es muchas veces sinónimo de lo sagrado.
- 65 *Introducción General al Estudio de las Doctrinas Hindúes*, cap. VI de la segunda parte. Recomendamos asimismo la lectura de "[Religión y Metafísica en el Fin de ciclo](#)", de F. González, aparecido en el N° 15-16 de la Revista *SYMBOLOS*.
- 66 Esto último es el caso de F. Schuon y sus acólitos "tradicionalistas", que olvidan que para Guénon "cuanto es religioso, comprendido en ello el misticismo, toca a las posibilidades individuales, en la extensión indefinida de la que son susceptibles, y no va más allá. Tal es, por otra parte, su razón de ser, como, por el contrario, la de la realización metafísica consiste en ir más allá" ("[Breve sobre la necesidad del exoterismo](#)", p. 283). El *Sanatana Dharma* nada tiene de religioso ni de sentimental pues se refiere al conjunto de la doctrina metafísica y a todas las aplicaciones secundarias que de ella se han hecho en el orden de las ciencias y las artes en todas las civilizaciones tradicionales desde tiempo inmemorial, incluida la organización social de las mismas.
- 67 *Autorité Spirituelle et Pouvoir Temporel*, cap. VI.
- 68 Este hecho, dice Guénon, "puede legítimamente explicarse por las condiciones especiales de una cierta época, condiciones que resultan de las leyes cíclicas", cap. VI de *Ibid.*, p. 76, n. 2.
- 69 Pensamos que a esto se refiere Guénon cuando recuerda la antigua fórmula "la fuerza al servicio del derecho", y que caracteriza precisamente el papel esencial del poder real. Ver *El Rey del Mundo*, cap. VI. Asimismo, la presencia del espíritu guerrero está implícita en estas palabras de Jesús: "no vengo a traer paz sino espada", o también

cuando en los Evangelios se hace alusión a la necesidad de "hacer violencia" al Reino de los Cielos para poder acceder a él. Creemos que estas expresiones han de entenderse en el sentido de que es necesario, por las condiciones solidificantes del ciclo, invocar las virtudes guerreras como motores en la búsqueda del Conocimiento, tal el sentido profundo de la justicia, la nobleza, el coraje y el valor.

- 70 Añadiremos que en el esoterismo cristiano pervivían también determinados conocimientos procedentes de las culturas y civilizaciones pre-cristianas, como la celta, de lo cual da fe el simbolismo contenido en la "leyenda del Graal". En este sentido es interesante señalar que el personaje central de esa leyenda, el rey Arturo, forma parte de la genealogía de la caballería heroica y espiritual, representada por los que se llamaron "los Nueve Valientes", o "los Nueve de la Fama", a saber: Héctor, Alejandro Magno, César, Josué, David, Judas Macabeo, Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bouillon. Dos eran emperadores (César y Carlomagno), tres reyes (Alejandro, David y Arturo), y cuatro príncipes o caballeros (Héctor, Josué, Judas Macabeo y Godofredo de Bouillon). Decir, en fin, que este último fue uno de los fundadores de la Orden del Temple. Ver Gérard de Sorval, *Le Langage Secret du Blason*, cap. II. Bibliothèque de l'Hermetisme, Ed. Albin Michel.
- 71 La existencia de ese núcleo interior es lo que hacía posible la comunicación de la Orden templaria con otras organizaciones iniciáticas, especialmente con las del esoterismo islámico, cumpliendo así una función de puente entre Oriente y Occidente.
- 72 El interés que mostró el rey francés Felipe el Hermoso por la destrucción del Temple escondía algo más que la obtención de un botín crematístico y material. Ver, a este respecto, el cap. VII de *Autorité Spirituelle et Pouvoir Temporel*. También "La degeneración de la moneda", en *El Reino de la Cantidad y los Signos de los Tiempos*.
- 73 Nos referimos concretamente al papa Clemente V. Se da la circunstancia de que tanto Felipe el Hermoso como Clemente V murieron el mismo año de la desaparición del Temple. El primero como consecuencia de un envenenamiento, y el segundo en un ataque provocado por un jabalí, animal asociado simbólicamente conreligioso la autoridad espiritual, lo cual no deja de ser bastante significativo. Sobre lo que fue en realidad la Orden del Temple así como las consecuencias que se derivaron de su destrucción, recomendamos la lectura del cap. II de la obra de Denys Roman *René Guénon et les Destins de la Franc-Maçonnerie*, titulado "El Temple, orden iniciática cristiana".
- 74 La tradición hermética, desde sus comienzos en la Alejandría de los siglos I, II y III de nuestra era, siempre ha tenido un carácter popular, en el sentido de que a ella han pertenecido, y pertenecen, hombres y mujeres procedentes de todas las capas de la sociedad. Además, su carácter no-religioso (que ni mucho menos quiere decir anti-religioso, pues lo esotérico, como hemos visto, no niega lo exotérico) no ha impedido que numerosos hombres de Iglesia formaran parte de ella. La lista es extensa pero baste recordar, y sólo en el Renacimiento, a Nicolás de Cusa, a Egidio de Viterbo (ambos cardenales) y al dominico veneciano Francesco Giorgi. Para conocer la enorme influencia del hermetismo en la cultura europea recomendamos los libros de Frances Yates, especialmente *Giordano Bruno y la Tradición Hermética*, *El Arte de la Memoria*, *La Filosofía Oculta en la Epoca Isabelina* y *El Iluminismo Rosa-Cruz*. Asimismo, de Edgar Wind, *Los Misterios Paganos del Renacimiento*.

- 75 "La tradición hermética ha estado presente en Occidente desde sus orígenes históricos e ideológicos, manifestándose a través de distintos grupos, personas e instituciones. No nos referimos exclusivamente a la filosofía griega, Pitágoras y Platón, Plotino y Porfirio, Proclo, ni a la soteriología de los romanos (Virgilio, Apuleyo), tampoco a los verdaderos gnósticos, ni a los primeros padres de la Iglesia, sino que queremos destacar el enorme cúmulo de hermetistas occidentales cristianos y esoteristas judíos e islámicos, que tanta influencia tuvieron sobre los constructores de la Edad Media y entre alquimistas, rosacruces y algunas órdenes caballerescas de diferentes tipos, de los cuales deriva la Masonería, organización iniciática nacida históricamente en el siglo XVIII, aunque de orígenes mucho más antiguos -incluso míticos-, que afortunadamente ha permanecido hasta la fecha". F. González, *La Rueda. Una imagen simbólica del cosmos*, cap. IV.
- 76 Para tener un conocimiento cabal de la situación en que se encuentra hoy en día el esoterismo ver la serie de artículos de F. González titulados "[Esoterismo y Fin de ciclo](#)", aparecidos en los dos últimos N^os de la Revista *SYMBOLOS*.
- 77 *El Rey del Mundo*, cap. VIII.
- 78 Mateo, VII, 7.
- 79 Juan, III, 8.